

El Hombre y el Paisaje de Bolivia

1941

DEPARTAMENTO DE COOPERACIÓN
INTELLECTUAL DEL MINISTERIO DE
RELACIONES EXTERIORES DE BOLIVIA

© Rolando Diez de Medina, 2017
La Paz-Bolivia

INDICE

Nota

Primera Parte:

Bolivia a Través de los Intelectuales Extranjeros
M.M. Alcide D'Orbigny.- Sucre en el Siglo XIX
Conde Hermann Keyserling.- La Potencia Telúrica Andina
Rubén Darío.- Bolivia Desmesurada
Ciro Bayo.- Visiones del Altiplano
Waldo Frank.- Los Hijos de la Roca
Jaime Molins.- Potosí: La Ciudad Única

Segunda Parte:

Bolivia a Través de sus Intelectuales.

Jaime Mendoza.- Valor Estético del Macizo Boliviano
José Eduardo Guerra.- Dos Ciudades del Llano
Enrique Finot.- Arte Colonial en Bolivia
Rigoberto Paredes.- Música Indígena en la Altiplanicie
Fernando Diez de Medina.- La Tempestad Petrificada
Humberto Palza S.- El Hombres Boliviano
Bibliografía

NOTA:

REUNIMOS en el presente volumen algunos trabajos de intelectuales extranjeros y bolivianos que se refieren a Bolivia. Todos ellos han sido ya publicados en diversos libros; sin embargo, los presentamos agrupados, en la seguridad de que su lectura ha de originar interesantes meditaciones acerca de lo que constituye nuestro país, vale decir, su esencia espiritual. Es dentro de este principio que damos comienzo a la publicación de libros con trabajos seleccionados de todos aquellos intelectuales que se han ocupado de Bolivia.

Nuestro deseo es divulgar lo que se ha dicho al respecto, a fin de que los hombres del continente americano, a quienes principalmente se destina esta obra, nos conozcan en la misma medida que nosotros los conocemos a ellos.

Alguien dijo que "Bolivia es una síntesis de América". En este libro queremos hacer ver los fundamentos de tal definición, respaldándonos en el autorizado criterio de los intelectuales.

PRIMERA PARTE

BOLIVIA A TRAVÉS DE LO INTELECTUALES EXTRANJEROS

M.M. ALCIDE D'ORBIGNY



SUCRE EN EL SIGLO XIX

EN DIA siguiente, a una madrugada muy fría sucedió un día de los más calurosos, durante el cual tuve lugar de experimentar la suma de eficacia de un poncho blanco contra los ardores del sol. Algunos arbustos y arbolillos descubrían el camino que atravesaba escabrosas montañas y valles profundos, en que la choza solitaria de algún indio ofrecía únicamente de cuando en cuando señales de cultivo; más bien pronto los rebaños que pacían por aquellos montes nos anunciaron que no pasaríamos mucho tiempo en una comarca estéril. El tercer día bajamos por una rápida montaña a un reducido valle en cuyo fondo se ve el río Pilcomayo, uno de los principales tributarios del Paraná. El paisaje es de rara magnificencia. De lo alto de la inmensa montaña en que se desenvuelve el camino que gira sobre sus flancos, ricamente arbolado en su base, se descubre el hermoso valle en que se encaja el río, de trecho en trecho se manifiesta un grupo de chozas indias, cuyos apacibles e industrioso apacible e industriosos habitantes trabajan en sus huertos para proveer de cebada, maíz, frutas y legumbres el mercado d Chuquisaca. Por el lado opuesto sigue el camino una montaña escarpada, semejante a la que acabábamos de bajar, y pasa junto a una quinta, que con un poco más de gusto y de industria constituía aquel sitio pintoresco y romántico. Un trayecto de cerca de dos horas a través de un país medianamente poblado, pero fértil en extremo, nos condujo a un valle serpenteado que descubre a una y otra parte de río los paisajes más graciosos y variados de la naturaleza salvaje.

Al aproximarse a Chuquisaca percíbese lo primero las torres que se elevan de cada uno de los ángulos de la catedral; luego los templos y campanario de las iglesias y conventos sin números, fundados en los pasados tiempos del dominio eclesiástico. La vista de aquellos edificios infunde al extranjero ideas de espacio y grandeza que se desvanecen al entrar en la ciudad, a pesar de su buen aspecto de limpieza, aseo y bienestar, respecto a lo cual aventaja a todas las ciudades que se encuentran desde Buenos Aires hasta Lima, sobre una línea de más de mil leguas.

Chuquisaca, llamada también la Plata (la villa de la plata) o Charcas, ha sido hasta estos últimos tiempos la residencia de un arzobispo que vivía con el más grande esplendor. Está situada en un pequeño plano circuido de eminencias que la defienden de las inclemencias de los vientos. El clima es suave, pero durante el invierno se experimentan tempestades horribles y lluvias que duran largo tiempo. La ciudad está abastecida de agua en grande por muchas fuentes públicas suministradas por acueductos. Las casas más hermosas no tienen más de un piso; pero son muy vastas y adornadas de jardines deliciosos. Chuquisaca fue fundada en 1529 por uno de los oficiales de Pizarro, después de su desastrosa conquista del Perú. Está construída sobre las ruinas

de una antigua ciudad india llamada en quichua *Choquechaca* o *Puente de Oro* a causa de los tesoros con que la atravesaban los indios, regresando para el Cuzco. Establecióse en ella una Obisado en 1551, y en 1559 la Real Audiencia de Charcas; erigióse en Arzobispado en 1608. Miller le da una población de 18.000 almas. Hoy día es la capital de la República de Bolivia, y en el antiguo palacio archiepiscopal está ahora la residencia del Presidente.

Cuando visité las iglesias y conventos de la ciudad descubrí entre muchos cuadros despreciados algunas de las hermosas páginas traídas de España e Italia por los jesuitas. Extasiábame el encontrar en una de las ciudades centrales del Nuevo Mundo obras que no habrían quizá desconocido los grandes maestros del *trecento*. Procuréme igualmente un buen surtido de cuadros sobre objetos religiosos, obras de los indios de Cuzco, tan celebrados por su habilidad en la pintura. Imitan los más brillantes colores, particularmente los de las carnes, con una exactitud sorprendente; pero como carecen de modelos y de instrucción, sus figuras, aunque generalmente agradables, están faltas de estilo y de expresión; y en cuanto a los accesorios, al ropaje por ejemplo, cediendo a su pasión por todo lo brillante, cubren de oro y plata los vestidos de la Virgen, de San José, y de todos los santos, lo que nos representa absolutamente la infancia del arte en nuestra Europa en los tiempos de Cranak y de Alberto Durero. Este mismo lujo se encuentra en sus personas, de suerte que me he sonreído muchas veces al encontrar mujeres que creen sin duda aumenta mucho sus gracias con la magnificencia afectada de su traje. Las mujeres distinguidas visten un zagalejo con pequeños pliegues, adornado en su extremidad con un ancho ribete de brocado; sus cabellos reunidos en una gran peineta de oro, están enlazados con hileras de perlas y cuelgan por detrás en dos trenzas; el jubón blanco y con anchas mangas cerradas en el puño está cubierto de una especie de dalmática ricamente bordada. Si el atavío de las mujeres del pueblo es menos costoso, no es por esto menos brillante, ni menos pesado. La variedad de colores entre los más vivos y que forman más contrastes en su carácter distintivo. Los hombres no son menos notables que las mujeres por la singularidad de su traje; llevan un casco con penachos rojo, a imitación de morrión, calzones negros, y las piernas desnudas con sandalias de cuero. Llevan una *chuspa* verde debajo de una especie de sobretodo tricolor o cuadricolor guarnecido de ribetes encarnados y amarillos. Tal es el traje de los quichuas, indios o mestizos, últimos representantes de los antiguos hijos del Sol.

Las damas de Chuquisaca son célebres por su afabilidad para con los extranjeros; y mi residencia entre ellas me ha permitido reconocer que merecen bien esta reputación. Sus costumbres ocupan el lugar medio entre la vivacidad de las francesas y la reserva de las hijas de Albión; al paso de su talle recuerdan la noble gallardía de las españolas, sin las maneras estudiadas de las mujeres de París y la tirantez de las de Londres. Comienzan ya a usar las modas francesas que reciben de Buenos Aires; pero en la iglesia y en las procesiones la antigua *basquiña* española está siempre en uso, y nunca abandonan el famoso abanico.

Después de paseo vienen las tertulias, en las cuales de seguro tienen los extranjeros un recibimiento cordial, aún sin invitación. La conversación es tan espiritual como en cualquier otra reunión, sin exceptuar las más distinguidas de las capitales de Europa, y diré de paso que los viajeros que han querido ver en la franqueza y buena acogida de la mayor parte de las damas provocaciones demasiado pronunciadas, las han calumniado o conocido mal; pues merecen con respecto a esto ser en tanto elogiadas en cuanto por lo general son medianamente instruídas, lo que no puede aplicarse igualmente a la mayor parte de los hombres de Chuquisaca. Antes de la revolución, no se enseñaban allí más que sutilezas teológicas o escolásticas; pero después se han desterrado muchas preocupaciones y han sido escuchadas la razón y la verdad. Los sacerdotes han renunciado en parte voluntariamente a una tiranía caprichosa, y si bien los antiguos abusos no están del todo destruídos, sin embargo el fanatismo religioso no encuentra ya tanto apoyo, y los ministros de la religión repudiando su despotismo, se ven por todas partes recibidos como amigos: en una palabra, la libertad por tanto tiempo desconocida ha difundido su espíritu regenerador por todo el país, y se han hecho sentir ya sus beneficios.

Hubiese querido penetrar más a E. de Chuquisaca, en aquellas comarcas interiores y misteriosas de los Chiquitos y de los Moxos, que no se conocen más que de oídas. ¡Qué felicidad,

si hubiese podido ser uno de los primeros en recorrer y revelar a Europa aquellas vastas provincias, cuya existencia se sospecha apenas! Pero esta gloria no estaba reservada para mí. Tuve que limitarme a algunas excursiones hacia la frontera de los Chiquitos, donde los viajeros modernos han visto esparcidos, en una superficie de 12.000 leguas cuadradas, los restos de las Misiones más florecientes que hayan fundado los jesuitas en América, sin exceptuar las de las riberas del Paraná y del Uruguay. Debí de ser curioso para los viajeros de ver todavía en actividad aquellas instituciones religiosas, que allí solamente han sobrevivido a la existencia de sus hábiles e infatigables fundadores, en medio de pueblos cristianos solamente de nombre, que mezclan sin escrúpulo de sus antiguas supersticiones a las austeras pompas del catolicismo; ladrones, por lo demás como por virtud; notables por las extravagancias de algunos de sus idiomas y de sus usos, y distinguidos de los pueblos del Gran Chaco, más hacia el sur, por su carácter alegre y franco que contrasta con la taciturnidad de estos últimos. Los chiquitos lindan por el E. con las lagunas y corrientes del Paraguay septentrional; por la parte del S. confinan con los Chiriguano, y riegan su territorio del N. al S., sobre todo en la parte más occidental, muchos ríos importantes. Están separados de los moxos, por la parte del N., por inmensos y sombríos bosques regados por un río no descrito todavía, bien que sea navegable y rodeado de la más brillante vegetación; estos bosques son el asilo de los guarayos, nación afortunada que parece vivir en una edad de oro. Hospitalarios y francos, incapaces del robo, cultivan en el seno de sus familias todas virtudes patriarcales. Felices en compartir su felicidad con compañeras castas aún en medio de la corrupción de las misiones cristinas, adoran con toda sencillez de corazón al *Tamoi* (el poderoso padre), quien les recompensa de su virtudes con la abundancia de sus cosechas. Ufanos sin orgullo de su noble independencia, acogen con afabilidad al extranjero que les visita y le rodean de mil delicadas atenciones, que les envidiarían casi las naciones civilizadas. Más allá, hacia el N., se extienden los llanos de los Moxos en donde los terrenos constantemente inundados reemplazan sin otra transición, las colinas graníticas y las piedras areniscas de Chiquitos, vasta comarca regada del N. al S., entre una cantidad innumerable de ríos por el Beni, el Mamoré el Itenes, de los cuales los dos primeros siguen una dirección paralela. Estas inmensas corrientes de agua son todas navegables por mucho tiempo, y sus tributarios forman el Madeira, que debe su nombre español a los maderos de que están guarnecidas sus orillas. El Madeira es uno de los más poderosos afluentes del Marañón, rey de los ríos de la América del Sur. Las aguas de todos estos ríos abundan en peces excelentes; sus riberas se coronan de magníficos bosques; los terrenos intermedios suministran en abundancia cacao, añil, algodón, arroz, vainilla, zarzaparrilla, gomas y bálsamos preciosos para la medicina y para las artes. También crecen allí tamarindos, naranjos y limoneros, la caña de azúcar, las piñas, mil frutos diversos y sobre todo el plátano, este inmenso recurso del hombre de los bosques, ya usándolo tostado, ya hervido, ya secado al sol, es verdadero maná de los desiertos del Nuevo Mundo. Esta comarca abunda también en pastos favorables para la nutrición del ganado mayor, muy común en aquellos lugares. Los carneros no prosperan allí tanto, a causa del exceso de calor. Entre los cuadrúpedos distínguese el tapir, el jaguar, seis o siete especies de monos, algunos anfibios, cotorras, algunas especies de penelopes e innumerables clases de aves canoras fáciles de domesticar, el matico, por ejemplo, precioso igualmente por la riqueza de su pluma.

.....

Era imposible internarme en aquellos desiertos, y mucho más arduo todavía visitar el fértil y montañoso distrito de Santa Cruz de la Sierra, situado al S. de Moxos, ni su capital, que según decían era tan parecida a Corrientes por el sistema de sus construcciones. Sus casas son como en esta ciudad, construídas bastante irregularmente, casi todas de un solo piso y cubiertas unas y cubiertas una de paja, otras de tronco de palmera partidos a manera de tejas. Tampoco podía visitar el distrito de Cochabamba, fertilizado por un río que pasa transversalmente del O. al E. convertido bajo el nombre de Río Grande o Rocha, en uno de los afluentes del Mamoré. Para todas esta excursiones que me alejaban del centro, hubiese necesitado mucho tiempo, y no había visto todavía el distrito de La Paz, donde esperaba, como uno de los más antiguos focos de la civilización peruviiana, recoger las nociones más interesantes y curiosas del país. Apresuráme pues en volver a Potosí, donde llegué el día siguiente de mi partida de Chuquisaca, el 29 de febrero de 1830.

CONDE HERMANN KEYSERLING



LA POTENCIA TELURICA ANDINA

“Me sentí parte del devenir cósmico tan íntimamente como el embrión habría de sentirse si tuviera conciencia, parte de un proceso orgánico supra-individual”

“...soy tierra y pura fuerza telúrica...”

LA PREPOTENCIA de los influjos telúricos ha impreso su sello al hombre de las alturas andinas. El hecho de que las residencias de los príncipes fueran construídas, todavía en la época de Tihuanacu, en forma de tumbas, tiene una significación simbólica: El hombre de aquellos parajes es propiamente mineraloide. Desde luego, el acento puede recaer, en el organismo, de tal modo que el carácter del mineral sea el determinante. Driesch está en lo cierto al sintetizar la condición primera de toda especulación filosófica en la frase: “Tengo conscientemente algo”. Si la vivencia primera es “el tener” y no “el ser”, resulta obligado concluir que la conciencia del yo y del espíritu no es necesariamente primaria. Y en realidad, desde el punto de vista de la evolución histórica, sólo en último lugar aparece. Mientras se trata de vivencia de procesos orgánicos, tales hechos parecen sencillos y corrientes, aunque sean absolutamente incomprensibles, ya que lo que en el hombre piensa pertenece al orden del espíritu, por lo cual ninguna historia de la Creación cuyo *primus movens* no sea el espíritu no puede tener carácter de evidencia. Otra cosa sucede allí donde lo determinante es lo inorgánico. En Bolivia, se me reveló por primera vez el sentido de aquellos mitos según los cuales los gnomos, mineros y herreros subterráneos, son seres más antiguos que el hombre. Jamás conocí almas tan bronceas como las de aquellos habitantes de las grandes alturas ni me pareció más extraño lo que a pesar de todo había de reconocer humano. Aquella indolencia y aquella inercia, aquella monstruosa memoria, aquella insensibilidad más allá de la superficie, la cual presenta, en cambio, un impresionabilidad idéntica a la rápida sensibilidad térmica de los metales, aquella naturalísima inatención a la Historia y aquella sorda melancolía que vive aquende el mero concepto de la esperanza, son algo verdaderamente inorgánico. Una vez que llegamos a vislumbrar semejante relación, no nos parece ya inexplicable por incomprensible que continúe siendo. Todos los elementos constitutivos del hombre son codeterminantes de él; el mundo circundante que le plasmó pertenece orgánicamente a él, y de

este modo, también el “espíritu” del metal y la “virtud” del mineral han de colaborar en la formación del alma. ¿Acaso todo aquel en quien no predomina el espíritu vital no se va mineralizando conforme se acerca a la tierra al envejecer? ¿Y no es esto lo que genera la sensación inquietante que la vejez produce a la juventud? No son sólo las arterias las que se endurecen, sino también el alma y el carácter. La vejez típica es conservadora, obstinada, materialista y superficial a causa de su impermeabilidad. Tal es la razón de que todos los mitos coincidan en describir seniles a los gnomos.

Aquí, en Bolivia y en el Perú, se trata además de ancianidad histórica. A mi juicio estos indios son mucho más antiguos de lo que la investigación histórica admite. ¿Por qué viven a tan insensata altura? Sin duda se refugiaron aquí arriba cuando al Este y al Oeste se hundieron en el océano continentes enteros o gigantescas islas. Esta civilización de altura en derredor del lago Titicaca me da la impresión de algo inhumano.....

Mientras permanecía en este mundo fantástico, mi alma no pudo por menos entregarse a la imaginación de mitos. En su recuerdo aquí describiré la visión cosmogónica que allí emergió en mi fantasía. Difícilmente corresponderá a la realidad, pero no me parece carente de sentido. Cuando el hombre de la edad mineral reptó fuera de su caverna, se confió a los cuidados de la llama, que ya existía antes que él. La llama es el primero de los animales domésticos. No fué el hombre el que domesticó a la llama, como luego fue quien creó el perro; fué la llama que la que domesticó al hombre para que él mismo diese un sentido a su existencia. La llama encarna la voluntad primordial de servir, que es la forma primaria de la voluntad de poderío. La facultad de ceder es la primera característica del ser vivo; viene luego la anticipación del deseo y en último lugar el dominio franco y declarado. Y todavía es última forma de la voluntad de poderío sigue siendo hoy la menos segura de todas. La llama lo es todo y lo puede todo. No necesita forraje ni cuidado alguno. En cambio, por su parte, procura a su dueño el vestido, le sirve de medio de transporte, le proporciona el combustible, y, después de su muerte, le alimenta. Para el pastor solitario reemplazaba en tiempos a la mujer, tal es sin duda la razón por la cual los genitales de la llama son aún adorados actualmente en ciertos días de fiesta. También la avariosis sería, según tradición de los aborígenes, un presente que la llama hiciera al hombre; mas, por esencia, la llama es el prototipo del ama de llaves. Cuando, enfermo y por lo tanto hipersensible, me encontré ante un rebaño que recorría la comarca vendiendo su estiércol como combustible a los hombres ateridos, y vi la llama conductora, un corpulento animal que llevaba suspendida al cuello una cajita y cobraba y custodiaba el importe de la venta, permanecí sobrecogido de terror: desafiante, erguido el cuello, echada hacia atrás la cabeza y apuntados los labios para escupir, evocó en mí la visión de la “madre primera del Universo” – la primera criatura terrenal según la leyenda africana, - tal y como se plantó en jarras ante Dios, prohibiéndole inmiscuirse en sus asuntos particulares.

En el principio fue aquí la llama y no el hombre. De aquella madre primera del Universo cuenta Frobenius lo siguiente: Un día estaba disgustada con sus criadas y a la más descuidada de entre ellas le gritó: “¡Cochina!”, y de este modo, la palabra “cochino” fue conocida antes de que Dios hubiese creado al cochino. En nuestro mundo fue, en el principio, el Verbo. En Suramérica fue la carne la primera materialización. Y así, la llama continúa actuando como principio somático primordial. El suramericano autóctono, de cualquier sangre que sea, se caracteriza, frente al europeo y al africano, por su pequeña talla, su cuerpo achaparrado y pesado y sus manos y sus pies menudos. Si alguien extrañara esta definición conociendo la frecuencia de la belleza individual en estas razas, habrá de recordar que la reina de las llamas es la esbelta e indomable vicuña, tan delicada como la gacela, y deberá además tener en cuenta que aquí hablamos tal sólo del prototipo.

En las alturas de las cordilleras, cuyos yacimientos minerales exhalan todavía hoy emanaciones como las que en tiempos metamorfosearon faunas y floras, me percaté de mi propia mineralidad.

RUBEN DARÍO



BOLIVIA DESMESURADA

POTOSÍ, antaño, era nombre de fábula, - Cólquida, El dorado, Ofir. – de la fábula estupenda que impregna de su luz maravillosa todo el Ciclo del Oro. Fue en una tierra de entrañas de oro donde Manco Capac iniciara una civilización; donde las gentes de España destruyeron el imperio incásico e implantaron su dominio en el alto y bajo Perú; donde Sucre consagrara a Bolívar el país nuevo que formara después de la victoria de Ayacucho.

Es hoy tan sólo un recuerdo Potosí; mas Bolivia sigue siendo uno de los países más llenos de riquezas de todo el continente americano. País, como todos los hispanoamericanos, encendido tantas veces por revoluciones y luchas entre hermanos del propio territorio y de su vecindad, ha sufrido las inevitables fiebres del crecimiento.

“Bolivia –decíame un boliviano de talento y carácter – es el país de los contrastes”. Y agregaba a tal afirmación: “Su topografía, su clima, sus producciones, sus monumentos y sus habitantes, constituyen un conjunto de elementos tan heterogéneos, que no parecen que formaran parte de una sola nación. Quien ha viajado, no sólo por una sola región de Bolivia, sino por todo se territorio, no puede menos de quedar pasmado ante la multiplicidad de cuadros, a cual más inconexos y curiosos, que le presenta este país. Ya se le ve aplanado por enormes mesetas que cansan los ojos con su perpetua monotonía y que ejercen en sus moradores una acción achatante que les singulariza por modo muy particular; ya está erizada por complicadas serranías y cordilleras, cuyos colosales picachos guarnecidos de eterna nieve, parecen gigantes embozados en túnicas imperiales de armiño, que contemplan en actitud monolítica la sucesión de los siglos; ya está horadada de valles profundos y sinuosas quebradas, donde se ven mil accidentes del terreno como las proyecciones de un cinematógrafo; ya bordado de praderas y selvas inmensurables, en cuyo seno bulle una vida activa y desbordante; ya está bañado por ríos larguísimos y lago misteriosos como el lago Poopó y el legendario Titicaca, que guarda la poética tradición de los Hijos del Sol. La primera vez que recorrí Bolivia de extremo a extremo, me pareció ir por un país de ensueño. Viéndome en la árida región que mira al Pacífico, y ascendiendo a la altiplanicie andina, sentíame hastiado por la uniformidad del panorama que se desarrollaba ante mis ojos. Aquella sábana terrosa con un aspecto sepulcral, su frío, sus brumas, sus espejismos, sus pajonales y su silencio, se me antojaba detestable. Como el navegante que en alta mar no ve más que agua y cielo, yo, perdido en aquel océano de tierra, no veía más que la inmensa bóveda azul volcada sobre la inmensa llanura sin color. No se divisaba ni un arbusto. Yo deseaba ver cuadros más variados. Tenía la nostalgia de los árboles. La desnudez de la pampa, su serenidad, su quietud, su mutismo, infiltraban en mi espíritu un sentimiento de mortal desaliento. Aquella era una región exánime, maldita. Era la tristeza hecha tierra. Era la petrificación de la inercia y de la austeridad. ¡Y bien! Poco después me hallaba en el otro extremo de Bolivia. Estaba, según mis deseos, en la región de los árboles. ¡Qué árboles! Ahora eran gigantescos vegetales sembrados en el suelo, como soldados en ejército sin fin, los que formaban sobre mi cabeza una bóveda verde y fresca, bajo la cual caminaba semanas, días, meses. Ahora, ya más perspectivas limitadas y aburridas. Yo

habitaba en palacios pleróricos de verdor y de perfumes. Y ya no me deprimía el ambiente de la pampa agria y sedienta. Los árboles, el suelo, el agua y el aire, eran hervideros de seres, laboratorios de energía, campos de una batalla fenomenal. Y de los árboles, del suelo, del agua y del aire, brotaba sin descanso la sinfonía intraductible de una vida fastuosa y triunfante. Pero al cabo, esto también me cansó. El árbol dominador, desmesurado, omnipotente, llegó a causarme empacho. Me hallaba como en una suntuosa presión. Deseaba que mi vista se explayase en horizontes más amplios, como los del Altiplano. Y tuve la nostalgia de la pampa. Y si antes ésta me había hastiado con su aire de tierra muerta, ahora sentíme también fatigado con el derroche de vida que veía en mi alrededor. ¿Pero cómo escapar? Este mar de verdura se extendía hasta el otro mar, hasta el Atlántico.

“Después visité otros puntos de Bolivia. Navegué durante largas temporadas por sus interminables ríos, descendí a sus hondos valles y trepé a sus vertiginosas cordilleras, y en todas partes continué admirando lo variado y caprichoso de esta tierra extraordinaria. Todo se opone en Bolivia; las ubérrimas tierras calientes al desolado Altiplano; el frío al calor, lo bello a lo deforme, lo miserable, lo miserable a los rico. Sus mismos habitantes. El bravo y feroz aymara es distinto del quechua apacible; y ninguno de ellos es asimilable al bárbaro del Noreste o del Oriente boliviano. Y aun prescindiendo de los tipos autóctonos, en el mismo elemento criollo se notan profundas diferencias, como si en él estuviesen marcadas las anfractuosidades y relieves de su suelo desigual. Las poblaciones constituyen verdaderos extremos. Santa Cruz, ciudad tropical situada apenas a algunos cientos de metros sobre el nivel del mar con sus color de zona tórrida, bordeada de una vegetación lujuriosa y poblada de tipo marcadamente español, es muy diferente de Oruro, población de clima siberiano, construída en medio de un desierto, a miles de metros de altura, y con habitantes en que predomina el tipo indígena. Escalonemos entre estos dos extremos las demás poblaciones bolivianas, y aun así se dará una idea neta de su variedad. Potosí es un pueblo encaramado sobre una gran serranía, y parece estar trepando al cono gigantesco de plata y estaño, que fue el asombro del mundo. La Paz, al contrario, está hundida en una hoya, y al verla del borde del Altiplano, hace la impresión de una ciudad acarreada en masa por un inmenso aluvión, al fondo de un precipicio: y el viajero se admira de que a nuestros antecesores se les hubiese ocurrido ir a edificar la ciudad más populosa de Bolivia en aquel estupendo agujero. A veces hasta en un mismo sitio, hay aglomeración de elementos incongruentes, superposiciones extravagantes. Lo prehistórico se junta con lo actual. Lo gigantesco e imponente se codea con lo pequeño y vulgar. En Tihuanaco, la humilde choza del indio, está adosada a monumentos colosales, extraños, inmemoriales, obra de una civilización desaparecida. Todo, pues contribuye a hacer de Bolivia un país lleno de curiosidades y rarezas. Hasta en su historia se ve la desproporción y la incoherencia. Su advenimiento a la vida nacional fue extraordinario. La misma guerra de la independencia que le precedió, se caracteriza por el desconcierto con que obraban sus caudillos. Nadie se subordinada a un solo plan regular y fijo. Todos obraban por su cuenta y riesgo. Y sin embargo, con elementos tan variados, se ha formado esta nacionalidad. He aquí la razón de que Bolivia sufra mayores dificultades que otras naciones para llegar a su definitiva constitución. El trabajo de integración de sus diversos componentes está aún por hacerse. La unificación de Bolivia, empezando desde lo físico, es más difícil que en otros países de estructura más homogénea y sencilla. Esos países con amplia salida al mar, y que constituyen agregados a los que es fácil el acceso de la ola inmigratoria, de la industria y del comercio, es lógico que se adelanten a este pueblo mediterráneo, que metido entre sus montañas, pampas y selvas de corte gigantesco, tiene que desarrollar una suma de esfuerzo mayor, proporcionalmente, que aquéllos para ir por el mismo camino. En realidad, es más bien sorprendente que este país, hecho con elementos telúricos y humanos tan contradictorios, aún se mantenga en pie. Quiere decir que acaso posee energías latentes, aunque dispersas, que le sostienen. Falta que esas energías se fundan y formen un solo bloque, capaz de ejercer una acción virtual fija. Hasta entonces la nación había parecido. Porque, al presente, valga la verdad, ella no existe en forma categórica y definitiva, como no existe en otros países, que no son sino conglomerados informes de cosas y de hombres que se rechazan, o ni siquiera se conocen. Bolivia sufre las consecuencias de la disparidad de sus factores étnicos y de la complejidad de sus condiciones geológicas. Es un pueblo aún no acabado de formar; y sólo el día en que haya realizado un trabajo de aproximación efectiva, de simpatía honda de sus componentes, habrá cumplido el ideal de los que la erigieron nación una, libre y

soberana. Hay que decir que para eso se requieren varias condiciones. Desde luego, un buen vínculo de hierro que haga juntar el árbol con el yermo, la cordillera con la pampa, al aymara con el guarayo. Este día se acerca”.

Tales conceptos y de quien conoce palmo a palmo su tierra, concluyen con una voz de esperanza. La opinión del doctor Jaime Mendoza está confirmada por la realidad actual. Bolivia progresa y se vigoriza; y están ya muy lejanos los tiempos de revueltas y satrapías famosas. Hombres de empresas prácticas y trabajadores de cultura se preocupen en la suerte de la patria. A la decadencia tan eficazmente expuesta en un libro cauterizante de Alcides Arguedas, libro aplicable, no solamente a Bolivia, sino a la América hispano-parlante, y en muchos de sus capítulos a todas partes, a la decadencia, ha sucedido una actividad salvadora, una reacción de vida. “Hoy – dice el mismo Arguedas, - una nueva generación forjada al calor de generosos ideales, decepcionada del poder de las revoluciones, escéptica del prestigio popular de los caudillos, llena de bríos, generosa, preparada, idealista, surge”. Así se complicarán mejor las palabras del acta de la Independencia, que dicen que: “los departamentos del Alto-Perú protestan a la faz de la tierra entera, que su resolución irrevocable es gobernarse por sí mismos” Tal ha sido el espíritu de adelanto en paz y libertad, que ha animado a los últimos gobernantes de Bolivia.

La mentalidad boliviana ha tenido siempre brillos, y varones de saber y de armonía han descollado desde los tiempos de la docta y pretérita Chuquisaca. Como en los tiempos de España brillaron Calancha, Escalona, Acevedo y tantos más, han animado luego las patrias letras, los Bustamante, Sanjinés, Terrazas, Blanco, Cortés, Vaca-Guzmán, Ramallo, Mujía y muchos más. Conocida es la notoriedad de los Aspiazu, los Ballivián, Baptista, René Moreno, Diez de Medina, Pinilla, y más que formarían una larga lista. Yo he tenido oportunidad de conocer a bolivianos de tanto vales como Julio Lucas Jaimes, caballero de antaño, ingenio de pura cepa clásica y colonial; a su hijo Ricardo Jaimes Freyre, mi brillante amigo en las primeras luchas de renovación literaria en Buenos Aires, noble poeta y rico de saberes amenos; a Francisco Iraizós, llenos de discreción y de cultura; a Moisés Ascarrunz, diplomático, cuyos mejores amigos fueron en España los poetas; a Franz Tamayo, cuya viril juventud está llena de sapiencia; a Arguedas, que va por el camino de los triunfos; a Joaquín de Lemoine, soñador y práctico, buen servidor de su país; al doctor Jaime Mendoza, en quien se revela en nuestro continente un nuevo y distinguido Gorki.

El ferrocarril conquista el territorio nacional. Europa se acerca. El progreso entra por el Pacífico y por Buenos Aires. Se cuida de los bosques. Se hace oro. Se rehace patria. Se va a buen paso al encuentro del porvenir.



VISIONES DEL ALTIPLANO

TODO el este y sur del lago Titicaca pertenece a la provincia Omasuyos, por la que vamos a discurrir ahora, hasta llegar a la ciudad de La Paz, empezando por el pueblo de Huaychu, primer pueblo boliviano de la ribera oriental, limítrofe del Perú. El río que lo atraviesa es célebre en la historia antigua del Perú, por la batalla que el Inca Mayta libró contra los indios omasuyos que en considerable número se apostaron en la orilla para impedirle el paso y a los que venció tras un sangriento combate. También es fama que en la cercana isla Ipinguela, Huayna Khapaj ofreció sacrificios humanos al ídolo Yatin, que siempre permanecía mudo, sin responder a las preguntas del Inca. Tantos fueron los holocaustos que, según los naturales, la sangre de las víctimas enrojeció las aguas del lago.

Es admirable ver cómo madura aquí el maíz, a más 3.800 metros sobre el nivel del mar, cuando en otros lugares del Perú y Bolivia no se produce este cereal a tales alturas. Bandadas de chillones loritos verde y oro se arrojan sobre las sementeras, en tanto que rebasando las nubes se cierne el cóndor, magnífica ave, reina del espacio, que de un vuelo atraviesa dilatadas zonas.

Pasado el río Suches se encuentra el cerro de Escoma, hermoso tipo de fortaleza incaica, formado por terraplenes concéntricos de gruesas piedras, que los sitiados podían defender sucesivamente una tras otra. Frente a ella y mirando al Titicaca se ve otro monumento prehistórico, la *chullpa* o torre cuadrangular de siete metros de altura y cuatro de ancho que fue enterratorio indio, a manera de pirámide egipcias. En ella se encontró una momia ricamente vestida, con sandalias de oro y una barrilla del mismo metal en la mano.

Carabuco, que bien después, es el pueblo más antiguo de Omasuyos. Está rodeado de un círculo de cerros y en uno de estos que avanza hacia el lago, está el *Púlpito del Diablo*, que tiene la forma de un embudo muy profundo. En este hueco están encerrados los caudales de los antiguos vecinos, cuando el tiempo de la insurrección de Tupac Katari colocaron atravesadas en la boca del abismo barras de hierro de las que colgaban los pellejos con dinero y tejos de plata y oro. Las barras se doblaron y todo el tesoro se fue al fondo de donde nadie ha podido extraerlo después.

El mismo lugar conserva el prestigio de haber sido el punto de conciliábulo de los brujos y creyentes fanáticos del diablo, que en un tiempo se opusieron a la propaganda de Santo Tomás, apóstol que, según graves autores, en este Carabuco levantó una cruz, con cuya vista enmudecieron los demonios. Sin embargo, los infieles, quitaron la cruz y no pudiéndola quemar, aunque lo intentaron, la enterraron en el lago de donde fué milagrosamente salvada al cabo de mil quinientos años, con la entereza que hoy se ve.

Esta cruz se conserva todavía en la iglesia del pueblo, que es un pueblo de estilo colonial, casualmente bien conservado. Su altar mayor tiene planchas de plata primorosamente cinceladas y está repleto de cuadros montados en marcos tallados y dorados; así como de estatuas policromas de santos en las hornacinas, juntamente con palios, encajes y espejos antiguos españoles. Hasta ahora ninguna mano vandálica de chamarilero o de arqueólogo ha profanado este pequeño tesoro; ¡ojalá que estas noticias no lleven alguno a este sagrado recinto!

La plaza, a la que da frente el templo es espaciosa y empedrada, con el tradicional rollo español en el centro. Se la ve siempre desierta, menos los domingos y días festivos que ponen en ella su mercado indias y mestizas; las que venden, sentadas, frutas, habas y maíz tostado. Cuando materialmente se llena es en las ocasiones que sacan en procesión la cruz milagrosa.

Una sola vez al año en Semana Santa o en alguna procesión de rogativas, se saca la imagen de su capilla de cristal, se coloca en un macizo pedestal de plata, de tanto peso que se necesita treinta hombres para cargarlo y que se relevan por otros, que van a su lado en la procesión. De esta manera, acompañado por las autoridades se lleva la cruz en la que se pone un Cristo clavado, seguido de un pelotón de soldados, con tambores y cornetas a la sordina, que tocan marchas fúnebres.

La plaza se ve atestada de millares de indios agrupados, vestidos con ponchos de colores y la gorra puntiaguda que no deja nunca el aymara, aunque lleve sombrero. Niños y mujeres arrojan al paso de la imagen puñados de *kantutas* (la clavelina de los Incas que les servía de blasón, como la flor de lis a los Borbones) de un color rojo muy subido, de suerte que sus pétalos caían como lluvia de sangre sobre las cabezas.

Meciéndose u oscilando en hombros de los devotos que la llevan, sigue la cruz a través de la multitud que permanece en silencio y arrodillada. Las mujeres comienzan a gemir y darse golpes de pecho y de las gargantas de los indios surge como un sollozo colectivo, como no se oye en parte alguna.

El sol se ponía y empezaba a anochecer cuando el Cristo llegaba a la puerta de la iglesia, entre el fondo brillante de mil cirios encendidos agrupados en el pórtico y en las gradas. Subida la escalinata, descolló sobre la multitud el enorme y negro crucifijo; hizo tres majestuosas reverencias en señal de bendición y en este momento, en todo el ámbito, de la gran plaza se oyó un suspiro, un estremecimiento. Pasó la imagen por la anchurosa puerta, y terminó la imponente ceremonia, que produce en el forastero una impresión más profunda que toda otra fiesta religiosa que haya podido presenciar.

--- o ---

De Carabuco en adelante, siguiendo siempre el contorno del Titicaca, desde la punta de Achacachi hasta la de Huarina, el trayecto es una sucesión de cerros que forman multitud de declives y barrancas, cubiertos de caseríos dispersos y alejándose en último término el colosal Illampu. Hace frío y viento en estos lugares; el paisaje es tan imponente que asombra. A un lado, el Titicaca, azul y transparente; al otro los nevados de los Andes, que arañan el azul del cielo; y en las pampas intermedias, el eco lánguido y triste del bramido del viento, que de noche, sobre todo, parece que se lamenta y gime. Según los naturales, son las *Penas* (las ánimas) de los españoles muertos allí en 1574, en la batalla de Huarina entre Gonzalo Pizarro y Diego Centeno.

El lugar donde fue la pelea, lleva hoy el nombre de *Pampa Batalla*. Los caballeros de distinción de uno y de otro bando fueron enterrados en la iglesia del pueblo; los cadáveres de los de más de trescientos, quedaron en el campo, juntamente con los cuerpos de más de cien caballos.

--- o ---

Vamos acercándonos a los primeros contrafuertes de los Andes. A medida que se va perdiendo de vista el gran lago en el que reverbera con poderosa intensidad el sol de los Incas, ya no se ve más que quebradas y ásperos peñascales, entre un silencio solemne sólo interrumpido por el grito del cóndor o por los aflautados sonidos que produce el viento al rozar como arco de violín las aristas de las rocas.

En una cumbre se divisa una peña alta y enhiesta, y a su lado otra más pequeña, que quiere la leyenda sean dos amantes fugitivos que a punto de ser capturados, fueron convertidos en piedra por un genio benéfico. De cuando en cuando, vuelven a su ser y los dos se dirigen frases apasionadas; entonces el viento embravecido muge más feroz que nunca, tratando de ahogar el amoroso coloquio. En algunas rocas se ven ollas tapadas, con ranas adentro que ponen los indios creyendo que así atraerán el agua del cielo.

Las colinas que separan los valles están cubiertas de *tila* y de *paja brava*. La agricultura consiste principalmente en la siembra de papas y cebada, solamente en cantidad necesaria para el sostenimiento del sembrador y su familia. Los campos no ocupan nunca el fondo de los valles, sino las pendientes donde están mejor expuestos al calor del sol, que en el fondo bajo y húmedo. En los rincones y porciones de tierra donde no puede entrar el arado, se ve al indio abrir surco con el *huisu*, especie de aradoazada que se impulsa con el pie puesto en un estribo u horcón, y empujando el asta con ambas manos.

El invierno es notable en estos parajes por la sequedad del aire y la considerable baja de la temperatura que sobreviene a la puesta del sol; el termómetro puede bajar súbitamente una decena de grados en ese momento. El enfriamiento rápido que sigue a la intensa insolación diurna origina el estallido de las rocas. Muchas veces en las noches se oyen ruidos análogos y cañonazos, producidos por cantos de muchos metros cúbicos, agrietados de aquel modo como por obra de la dinamita; peñascos que en ocasiones han rodado al llano empujados por la mazamorra, que es una avenida de barro, más o menos compacto, de ímpetu y acción parecidos al de los aludes y ventisqueros.

Sesgados por entre cerros, se encuentran en una pampa las ruinas de *Tihuanaco*, célebres en arqueología precolombina como las de Quiriguá en Guatemala, de Copán en Honduras y Palenque en Yucatán.

Todos los arqueólogos y viajeros que han estudiado las ruinas de Tihuanaco están acordes en que estos monumentos son anteriores a la civilización incaica, debidos a otra raza civilizada. Las primeras ruinas están repartidas en dos puntos que distan kilómetros y medio de la población: y son Akapana y Pumapunko.

A la sección de Akapana pertenece la monumental *Puerta del Sol*, monolito de traquita de tres metros de altura, por cuatro de ancho y uno de espesor.

Está esculpido en todas sus caras, concentrándose el dibujo en la cornisa.

Las ruinas de Pumapunko son ciclópeas. Las piedras que debieron formar la planta de un vasto edificio, son tan enormes y pesadas, que no se concibe cómo los indios de aquella época pudieron trasladarlas desde las canteras al lugar donde se encuentran. Hay una que mide siete metros ochenta y cinco centímetros de largo.

Chucagua, o ciudad de piedra, llamó Mayta Khapaj a estos lugares, admirado el Inca del esplendor y magnificencia de las construcciones, no obstante hallarse en ese tiempo incompletas.

--- o ---

El distrito, por ser serrano, abunda en llamas y alpacas, en corderos y caballos y en cóndores voraces y carnívoros, que tratan de arrebatarse las crías a las madres.

Cesa la vida con la nieve, y sin embargo sobre ella se remonta el cóndor, pues si bien vive en las altas montañas, busca presa lo mismo en el páramo que en la llanura ardiente, sirviendo de enlace a toda la avifauna americana; por lo que en justicia ha sido elegido como ave heráldica en varios escudos americanos.

En estos Andes es donde alcanza su mayor desarrollo; algo más de seis metros de envergadura medía la primera pareja que un Virrey envió a España. Es animal que sólo manifiesta audacia cuando está hambriento y aún entonces emplea muchas precauciones para apoderarse de la presa. Su costumbre es describir con su vuelo círculos desde gran altura, acortándolos según desciende, de tal suerte que forma una espiral hasta llegar al objeto ambicionado. Por lo común va a posarse a alguna peña próxima para observar las cercanías, acabando por encaminarse pausadamente al lugar donde se encuentra su víctima.

Es ave solitaria que sólo se junta con sus compañeras para atacar al ganado. En este caso, se reúnen en gran número, formando círculo alrededor de los corderos extraviados; y extendiendo sus grandes alas y sacudiéndolas con fuerza y estrépito se adelanta dando silbidos. A las vacas acostumbra aturdir las a aletazos y procura embarrancar a los terneros para aislarlos y poder despedazarlos a su gusto.

--- 0 ---

Originarios de la altiplanicie son la llama, la alpaca, la vicuña y el huanaco. De estas cuatro especies, sólo las dos primeras han sido domesticadas; las últimas viven en estado salvaje y con tendencia a desaparecer por la mucha caza de que son objeto. Estos rumiantes son netamente andinos; cuando descienden a zonas de clima templado, enferman y mueren o, por lo menos viven poco.

La llama, que es el más manso de todos, sirve de animal de carga a los indios, con la ventaja sobre el caballo y la mula, que trepa por vericuetos por donde aquellos no pueden subir. La alpaca también es especie doméstica; sin embargo, los indios no se sirven de ella para el transporte de sus cargas, como de la llama, que es más robusta. La alpaca se mantiene siempre a inmediaciones de las chozas, en regiones frías y solitarias y cualquier objeto extraño la asusta mucho.

Es algo menos que la llama; y su lana espesa, amontonada y por lo común enredada, desfigura algo su cuerpo, de la delicada y airosa forma de su compañera. La mayor parte de ellas es de pelaje negro; pero se encuentran rebaños de color blanco, que de generación en generación conservan ese tinte. Su lana es sumamente fina y suave al tacto, de un hilo larguísimo y de un lustre singular, que conserva sin alteración aunque se manipule con ella.

La llama y la alpaca no se cazan, pero sí la montaraz vicuña, aunque el gobierno de Bolivia ha impuesto restricciones severas. Este animal es el más pequeño de la familia, pero de cabeza más grande y de miembros más delgados. Su vellón es uniforme de un castaño rojo, más fino y brillante que el de la alpaca.

Su cacería es tan movida como la de los rebecos o cabras monteses de los Picos de Europa y Sierra de Gredos (España); porque es animal muy veloz, muy diligente, y encaramado en las alturas burla la persecución del cazador más experto.

Como la ley de caza de estos países prohíbe la matanza de vicuñas, en atención a su lana, que constituye una riqueza nacional los indios apelan al recurso de acorralarlas en batidas, esquilas, soltándolas luego a la vida montaraz. Para esto organizan grandes cacerías de manga o *chacos*; espectáculo el más movido que puede presenciarse.

Puestos de acuerdo los vecinos de diez o veinte leguas al contorno, en un mismo día se ponen en marcha los cazadores con exactitud y estrategia tan admirables, que vienen a formar un círculo cerrado en torno de la zona o zonas andinas habitadas por los rebaños de vicuñas. Es una especie de somatén al que acuden los hombres de la comarca, quien con hondas, quien con los palos y quien con escopetas; a los que se agregan niños y mujeres; es decir, vecindarios enteros, porque la cuestión es armar estrépito a fin de asustar a las vicuñas y hacerlas salir de sus escondrijos, a tiros sin bala, a pedradas y gritos.

Los alaridos de la gente, los ladridos de los perros, el ruido de las bocinas, trompas y tambores que se va acercando por todas partes dan la impresión de una batalla de montañeses, de un Roncesvalles, o cosa así.

El cerco se va estrechando como gigantesco sierpe que se enrosca, palpitando y ondulando en todas direcciones. Primero en los picachos, después por las quebradas, barrancos y desfiladeros, corren azoradas las vicuñas, en busca de una salida que no encuentran, porque de todas partes las acosan.

A las vicuñas se agregan porción de alimañas que huyen despavoridas de sus madrigueras: zorros, gatos monteses, vizcachas, conejos y alguna que otra chinchilla; entre el revuelo de cernícalos y halcones y bandadas de perdices, palomas y tórtolas. Uno cree estar viviendo el fantástico conciliábulo de alimañas que describe Gustave Flaubert en su "San Juan Hospitalario".

Si alguna vicuña se obstina en permanecer en un risco, hábiles honderos la hostigan y obligan a bajar.

Las vicuñas corren en todas direcciones, hasta que medrosas y fatigadas, se agrupan en rebaño; a este se agrega otro y otro, y llegan a formar una numerosa y compacta manada, que se deja arrear dócilmente, como las ovejas, a unos corrales espaciosos, cercados por altas tapias de piedra amontonadas. A veces ni hay que tomarse ese trabajo; basta reunir los animales en un paraje llano y cercado de unos sencillos cordones de lana, con muchos trapos de colores y no tienen valor de acercarse a ellos y no tienen mucho menos valor para romper la ridícula barrera. Se las ve, unas paradas, otras moviéndose de un lado a otro y todas moviendo el largo cuello ondulante como el del cisne.

Los cazadores indios, que son a centenares, establecen su campamento en el contorno y empieza le esquila.

Como el acoso ha durado todo el día, se tiene bien ganada la cena, y a ella se disponen, encendiendo multitud de hogueras con el escaso combustible de aquellas soledades; acebuches lampayas chilcas, y para brava. También escasea el agua, aunque maldita la falta que hace, porque las tajadas son asadas y las libaciones se hacen con chicha o cerveza indígena, hecha de maíz que trajeron en cántaras las mujeres. La multitud vivaquea por grupos de vecindad, y cada corro se da un banquetazo.

En amanecido el día siguiente, el esquila se hace a prisa, en uno o dos días, para que los animales achiquerados no pasen hambre y sed. Como es tanta la gente, entre tres o cuatro personas manejan una vicuña, le cortan la lana, que ponen sobre una manta, y en seguida la sueltan. Es de ver la conducta de los animales así que se ven en libertad. Lo primero es correr desbocados, en línea recta, hasta rebasar el límite del campamento; donde les parece más a propósito se revuelcan y sacuden, y luego se contemplan así mismas, avergonzadas de la peladura, así como un gallo desplumado. Las familias quedaron deshechas; pero los machos cuidan de reconstituirlas. El instinto hace que las hembras se agrupan alrededor de cada uno de aquellos, a los que se les ve luchar, a mordiscos y topetadas, disputándose las nuevas compañeras; hasta que, en tropeles de una docena, escapan por las fragosidades de la sierra. En su mayoría llevan como recuerdo de su contacto con el hombre la punta de una oreja cortada, o una cinta en el cuello, que el animal procura arrancarla con la pezuña.

.....

Varios días después de esta cacería nos aproximamos a la ciudad de La Paz. Una atmósfera despejada y sutil dejaba ver al cobalto del cielo festoneado por las cuatro puntas centelleantes del Illimani, a miles de metros de altura, como una corona puesta por la naturaleza para servir de remate y cúspide a la cordillera de los Andes.

Veíase gran parte de la cordillera oriental, desde el Illimani hasta el Illampu, bañados los colosos nevados por los rayos del sol; pero sólo por poco tiempo, porque de los bajíos del oriente subían masas de nubes que pronto cubrieron el cuadro con un velo gris. En alguna hondonada del camino, en la que daba el sol, se descubrían montones de nieve, adornados, de un modo sencillo y agradable a la vista, por las flores grandes amarillas de la genciana de los Andes.

Para el viajero que no conozca la situación de La Paz, es extraordinariamente sorprendente la aparición de esta ciudad boliviana. El viaje ha venido haciéndose por el monótono altiplano; se nos dice, por última vez, que nos encontramos inmediatamente delante de La Paz; miramos en la dirección que señala el guía, pero no descubrimos nada. Continuamos andando. Llegados al borde oriental del altiplano, el camino se hunde repentinamente y vemos a nuestros pies, abajo en el valle, las casas de La Paz.

Es una vista muy especial la aparición súbita de la ciudad, con sus angostas calles adaptadas a las condiciones difíciles del terreno, y los rojos tejados de las casas, interrumpido por el verde de árboles de patios y jardines, de cuya vista el viajero se ha visto privado tanto tiempo.

Especialmente bella es la vista que se obtiene al bode del altiplano, por encima de la ciudad, cuando en día claro, el poderoso Illimani cierra el cuadro en el fondo, con sus campos de nieve y hielo, que brillan a los rayos del sol y penetran con sus destellos en el azul del cielo.

WALDO FRANK



LOS HIJOS DE LA ROCA

EN LAS MONTAÑAS del alto Perú, cuyas prolongaciones del Sur son ahora Bolivia, hay una piedra muy común, de color pardo, con un matiz verde aceituna. Con esta piedra está construida la Catedral de La Paz. A la puerta de esta Catedral se sientan hombres y mujeres harapientos, con la cara como la piedra misma de la iglesia.

Son indios de los Andes. Hay algo eterno en ellos como la roca, con cuyo color rivalizan. Esta piedra, en tiempos arcaicos, se cortaba en pedazos pequeños, la *huaca* que el indio adoraba. Con ella y con bloques tan pesados como una casa se construyeron más tarde templos megalíticos. Canteros incas la labraron después habilidosamente y sacerdotes españoles la remodelaron luego en la casa de Dios. Es la misma piedra de siempre. Y el indio, que tiene su mismo color y que bajo la superficie de su credo cristiano aun obscuramente la adora, es el mismo indio también, a pesar de tantos años y de tantos cambios.

Este indio de los Andes, señor de todas las culturas del Perú, vive en la abrupta puna, a doce mil pies sobre el Pacífico, como vivió antes el Inca y antes el Tihuanacu. Adoraba entonces la eminencia pétreo de la montaña. El hombre, dice su mito, nació de aquella piedra. Como el cóndor, que era pedernal encendido por el sol, y como el jaguar de la montaña, que era roca rebosante de volcánica pasión, el hombre también era piedra; y el silencio inmóvil de la montaña fue su padre y su destino. El mundo mismo no era más que una vasta escalera de piedra: peldaño a peldaño subía desde el mar hasta la helada ringlera de los Andes; peldaño a peldaño descendía hasta la manigua oriental... la matriz verde de donde nace el sol todas las mañanas.

Su primer concepto fue la piedra, vientre y destino del hombre; el segundo, el grupo al que llamó ayllu. El ayllu no fue, hasta mucho tiempo después, un clan consanguíneo: la tierra, más real que la sangre, lo ligó primero. Un grupo que vivía en un repliegue estrecho de la sierra, entre los picos de los Andes, era el ayllu en su puna. El suelo mismo era piedra blanda, una forma intermedia entre el hombre blanda, una forma intermedia entre el hombre, su avatar más tierno, y la cordillera cuyos dedos se agarraban al sol y cuyos pies se hundían en el mar.

El indio no tiene concepto de sí mismo como una entidad separada y absoluta, al modo europeo. Su pensamiento, constreñido a acomodarse a la vastedad de los Andes, no podía ver una unidad más pequeña que el ayllu. El ayllu era la molécula del mundo humano; y como la piedra sagrada, la huaca, era la unidad de la roca andina, el ayllu era la unidad de su vida personal. Más tarde la huaca tomó formas individuales: un cóndor, una llama, un jaguar, una mazorca, una cara. La santidad de estos seres era aún su calidad pétreo y la figura que asumían era una mero atributo adjetival de la substancia primitiva. Y así también en el hombre; su ser visible, por muy fuerte que fuese, era un modo contingente de la verdadera substancia humana: el ayllu.

El ayllu vivía en una llanura alta, dentro de la cordillera: la puna. Allí, en la hierba áspera, apacentaba los rebaños comunales: la llama, la alpaca, el huanaco salvaje ya domesticado; allí cultivaba el maíz y la calabaza, el casave y el chual, y tubérculos como la papa, el camote, la oca,

el olluco, la misnha, la lagna. Pero las casas del ayllu no estaban en la colina entre la puna y los picachos. Eran de tierra y piedra, sencillas y limpias, de paredes gruesas y se apretaban arracimándose.

A esta altura el mundo es inclemente. Los rayos del sol tropical caen pálidos y fríos a través del aire útil. La puna es gris y los animales pardos. Pardo es el hombre mismo, con un reflejo verde en las mejillas. Los picachos, acero y plata. La noche manda al valle el brillo espectral de las alturas donde vive sólo el cóndor. Y metaliza al mundo. Este destello mineral no es para el hombre. Es una invasión de la roca elemental en su forma más blanda. Por eso en la noche el indio duerme o se refugia en la chicha –una bebida fermentada del maíz- No ama la noche, ni le hace soñar, ni despierta su imaginación. Se encuentra mejor en su mundo cuando el sol lanza su hoja fina a través de la montaña oriental.

La roca, el elemento constante de los Andes, determina la cualidad del pensamiento arcaico. El vivir es duro; el aire es siempre frío y sutil; el sol débil; la roca es ubicua... y la que manda. Pero es pasiva y pacífica. Y terrible en su perdurable identidad. Su inmutabilidad conquista.

El ayllu también es una roca; ni se mueve ni se doblaga: las partículas humanas que lo forman están, como las de las rocas, rígidamente en su sitio. No sueña; la montaña titánica, desplegando su nieve inmaculada contra el sol, cierra el paso al vuelo libre de la imaginación. El ayllu está encerrado en los Andes como el hombre en el ayllu.

Pero la roca tiene otras cualidades. Es fuerte y real y se puede confiar en ella. Y es plástica. Puede expresar gestos que recuerdan al hombre: la pena, el terror, la piqueta, el amor, el odio. Y hasta tiene música. El hombre de la montaña corta juncos de diversas longitudes – el sicus hueco – y forma con ellos la quena, que da una escala pentatónica. El sonido no es tierno y rasero: es duro y vertical como la roca donde nace apretado como los granos de la piedra y complejo como los planos contrapuestos de la cordillera. Al rudo son doloroso y apasionado de la quena baila el indio. Pero nunca solo. No es más que un átomo del ayllu. Hasta cuando se une a su mujer en el silencio de la noche andina, que parece atraer la tierra al vacío de las estrellas, su amor es el abrazo del suelo a la simiente, la piedra enternecida, el despliegue de la semilla hacia afuera y hacia arriba. Y en su baile danzan todo el ayllu y la puna.

Los repliegues inclementes, pero habitables, entre los picachos forman corredores laterales, que se llaman hoyas. Los cazadores de la vicuña salvaje y domadores de la llama caminan a lo largo de estas calzadas naturales desde el Ecuador hasta lo que es ahora la Argentina y Chile. Hay, pues, comunicación entre los ayllus de las montañas, y confederaciones.

Grandes Estados, compuestos siempre del ayllu irreductible, aparecen en el pasado de los Andes. Todo lo que sabemos de ellos es el milagro de sus ruinas en lugares como Huari, Pukara, Tihuanacu y las islas del lago Titicaca. Los hombres edificaron con piedras ciclópeas que pesaban cientos de toneladas. La extrajeron de canteras lejas y las llevaron en grandes balsas sobre el agua y en rodillos sobre la tierra. Estaban cortadas tan pulidamente como el mármol moderno y se acoplaban con la exactitud de las partes de una máquina. Sobreviven modelos de sus ciudades religiosas, que complejan la complejidad y la generosidad de sus designios.

Tenían un calendario perfecto: su ciencia astronómica rivalizaban con la de los mayas y la de los egipcios. Fueron alfareros exquisitos y tallaron esculturas gigantescas. Estas obras nos hablan de cientos y hasta miles de ayllus confederados y de una densa población gobernada por rígidas ordenanzas. El acabamiento de estas culturas megalíticas es un misterio. Tal vez epidemias o inundaciones bárbaras cayeron sobre ellas. En Tihuanacu se ven aún grandes monolitos partidos y piedras ciclópeas esparcidas como guijarros, atravesadas en la boca de enormes cuevas: todo indica un desastre natural, acaso un terremoto que desmoronó un mundo y que tal vez sepultó otro bajo las tierras altas desplomadas.

Las quebradas son corredores que cortan transversalmente por las hoyas hacia el pacífico. Sobre la puna, donde el hombre de la montaña creó la primera cultura, la lluvia es incierta. Hay años de sequía: se secan los tubérculos, las llamas no encuentran pasto y el hombre tiene que emigrar. En tiempos lejanos, algunos ayllus bajaron, sin duda, por los valles suaves de la quebradas que conducen el agua en arroyos innumerables hacia el Pacífico. Toda la costa del Perú está desierta, porque en el Oeste de la cordillera no llueve. Las quebradas así, con sus ríos diminutos, forman oasis que listan de verde la costa amarilla. Estas franjas suelen tener de una a diez milla de ancho; el resto es arena movediza que domina el litoral.

Los primitivos ayllus que emigraron bajando hacia el Pacífico padecieron mucho. La fiebre y el calor los diezmaron. Pero trasplantaron el maíz, el frijol, la patata, y cultivaron las plantas que crecen en las altas maniguas tropicales de Oriente: el algodón, el pimiento, la coca, el llacón, el maní, el zapallo, la racacha, la achira. Construyeron barcas de paja y de mimbre y se dedicaron a la pesca. Poco a poco se fueron aclimatando al aire húmedo, cuyo calor se atemperaba por la corriente acre del Antártico, cercana a la costa. Luego prosperaron ciudades como Ancón, Supe, Chongoyape, Parakas, más tarde Chimú o Mochica, Chancay, Nazca, florecieron entre la costa y el arranque de la montaña.

Los aires emolientes transformaron las piedras humanas de los Andes. Los nervios, endurecidos en la puna, se ablandaron en el yunga, nombre que se da a la costa. La luna oscura de la llama se tornó azul, verde, amarilla, formando tapices que rivalizaban con el sol y el zafiro de las aguas. Nacieron culturas de exquisitos artificios.

Generalmente estos mundos pequeños estaban separados unos de otros. Sobre cada uno de ellos, el lomo rudo para ascender a la puna. Más cuando ayllu se hubo acostumbrado a las palmas y al mar perezoso, ya no se movió. Entre cada oasis, la costa desierta – leguas de dunas y de rocas tumbadas donde los pájaros del mar depositan el guano. – Las ciudades del litoral, mimadas por el aire del Pacífico, se aislaron y decayeron. La alfarería, la estatuaria y el arte de labrar las gemas revelan una cultura que se hundió rápidamente. El mochica, hombre típico del yunga, por ejemplo, fue muy experto en las artes de la perversión sexual. El nazca pintó sus cerámicas con un fulgor encendido y sus dibujos sugieren el éxtasis del juego sensual cuando se organiza en actitudes matemáticas. En la necrópolis de Parakas las momias estaban vendadas con lana y algodón policromado cuyo contrapunto bordado simboliza la metamorfosis de los padres andinos. Es como si la energía volcánica de la piedra hubiese reventado en estas intrincadas y frágiles floraciones de color. En las ruinas del templo de Chavin (una ciudad del norte, equidistante de la puna y de la costa) hay una talla en piedra que representa la cara de un hombre. Las facciones son austeras y dominantes; pero el artista ha tomado las líneas más profundas de la frente, del mentón y de las mejillas y las ha convertido en serpientes. Cada pliegue que una vez fue expresión de fuerza, es ahora una sierpe con un ojo, y la faz entera, una desintegración sinuosa, un enjambre de escarnio propio: la labor de los aires del Pacífico en los hijos de los Andes.

Al Este de la puna la tierra cae gradualmente en la manigua. Los bosques más exuberantes del mundo se alzan aquí. Vientos continuos del Este arrastran lluvias sin cesar y las aguas que confluyen en los declives orientales forman los cuatro grandes ríos del continente: el Orinoco, el Magdalena, el Amazonas y el Plata. Los Andes se encaran con el Este, de donde vienen las lluvias vitales, y dan la espalda al Pacífico. Por el Oeste sólo simples arroyos serpentean hacia una costa árida. Los cuatro grandes ríos, con innumerables afluentes, avanzan a través de la inmensidad hacia el mar Caribe, hacia la punta lejana del Brasil, hacia el Sur del Atlántico.

Los habitantes de las laderas orientales, los *antisuyus*, o la “Madre de los Incas”, son hombres enteramente vencidos por la manigua. Se dice que los hombres de la montaña salieron del Anti-suyu y se hicieron sabios y sufridos en la puna; y se dice también que los vagabundos de la puna, que trajeron su cultura del istmo de la América Central, vagaron hacia el Oriente con las lluvias tropicales y allí se hicieron blandos y necios. El indio del Anti-suyu es un salvaje. No tiene ayllu; es una criatura del rebaño, un hervidero de miríadas de estas criaturas en el caos de los árboles. Cuando después de muchas etapas de cultura en el Perú, las campañas de proselitismo

de los incas avanzaron desde el Cuzco hacia las “cuatro partes del mundo”, se encontraron con dos clases de adversarios que no quisieron conquistar ⁽¹⁾: los araucanos de Chile, a quienes dejaron al sur del río Maule porque eran demasiado guerreros para ser económicamente pacificados, y los que vivían en los bosques del Anti-suyo, a quienes conquistaron fácilmente, pero en su calidad humana era tan inferior que no valía la pena de la conquista. Los abandonaron desdeñosamente. Los mismos sacerdotes fanáticos de España apenas avanzaron en su sueño impenetrable. Y hoy estas tierras rezagadas, hervideros de plantas y de insectos, entre los Andes y el Brasil, engendran hombre hundidos demasiado voluptuosamente en el ritmo inhumano de los bosques para oír la voz de Dios y la del hombre.

--- 0 ---

(1) El peligro principal, sin embargo, venía del Sur y del Sureste, del Kolla-suyo, al que habían conquistado ya. Las fortalezas del Cuzco miraban en esa dirección, y del Kolla-suyo salieron los chankas que encabezaron la formidable revuelta contra los incas.

JAIME MOLINS



POTOSI: LA CIUDAD UNICA

NO HAY en América ninguna ciudad que conserve con más amor su españolismo que Potosí. Poco a poco todos los pueblos del continente van relegando su sello colonial. Harto tiempo hace que Buenos Aires glosó el catálogo de Europa en toda la variedad del estilo. La mansión señorial, castiza, inconfundible, desapareció con la “casa de la virreina”. Y si la calamina, el tejado marsellés y la pizarra, no han abatido del todo la azotea española, tan pueril, tan chato es el arcaísmo superviviente, que no vale su perpetuidad a trueque de la urbanización y la estética. También las ciudades provincianas se remozan y suplantán el abolengo del viejo solar con la aristocracia importada de la vivienda suiza y todas las parodias, desde el etrusco al renacimiento. Y hasta las capitales del Pacífico, donde la huella del conquistador dejó profundas trazas, se esfuerzan en apresurar su estilizado modernismo, sacrificando, a veces, con el estiramiento innovador, las orientaciones del espíritu americano.

Potosí es la única ciudad que se ha encastillado en su rancia genealogía. Hasta ella no ha llegado aún el culteranismo arquitectural con el maridaje de todos los estilos. Cuida de sus blasones, como un viejo infanzón fregaría el pomo de su tizona, renovando, con amor, el añorado juramento a su rey y a su dama. Su culto, amoroso hasta ser ferviente, gentilicio hasta ser romancesco, está en esa perpetuación de las cosas que atan al pretérito como un hilo mágico donde afianzó la idealidad de una raza. Nova, pero no inventa. Reproduce, pero no plagia. Vive de sus glorias, en su Yuste, después de haber sentido sobre su óvalo de oro, el peso de la corona de Carlos V. Y no le toquéis las fachadas de sus templos, ni el churrigueresco de sus altares, ni sus calles tortuosas, ni sus campanas polífonas, ni el fontanar de sus recovas. Sobre la mampostería de sus monumentos, podrá la brocha rejuvenecer, con tonos alegres, el tono seco de la colonia, pero ¡cuidado con profanar una moldura, corregir el mal latín de un herrero, corregir una ventana o destrozar el lambrequín de un escudo!

Y no se tome a mal este espíritu conservador, aferrado a su seductora y magnífica originalidad. El Potosí de hoy, tuvo a fines del siglo XVI, no mucho menos de doscientas mil almas, nota demográfica que le acreditó “gran ciudad” en su encumbrada ejecutoria. Y si el destronque de las lagunas, echó a menos la urbe rumbosa, como un turbión opuesto a la opulencia desalmada, las treinta mil de hoy se oponen, como hijos leales de la “Villa Noble y Fidelísima”, a la crudeza del tiempo que pasa haciendo estragos por el antiguo solar. Por eso, si se edifica, - y se edifica bien, - sobre los muros del pasado, se alzarán la mansión con su portal antiguo, su reja atrevida, su balconada de vitrales, sus goterones al arroyo y su tejado chillón; y si es pobre la casa, con su ventanejo displicente y su angosto zaguán. Pero todas con el patio andaluz, con corredores aiosos y espaciados; pero sin la fuente sacramental, ni los tiestos de claveles; pero con pájaros, con calandrias y jilgueros, y con mucha luz, con esa luz que envidiaría Granda para sus cármenes y Toledo para su cigarral...

La luz eléctrica ha difundido sus beneficios por calles y plazas, por oficinas y comercios, llevando sus alambres desde el palacio al tendejón. Pero esta conquista, que valora Potosí en su alto mérito, no ha arrasado ni con los faroles de las plazoletas, ni con dos candiles de luz mortecina que velaron las calles de la Villa Imperial y ante cuya languidez se solventaron querellas de amor y

se escurrieron, como duendes, embozados caballeros, damas elegantes y tahúres. Toda la heráldica potosina cuenta de linajuda andanzas sobre el pórtico de los caserones: aquí el escudo del marqués de Otavi, afianzado con sus leones rampantes con todos los atributos del valor, del poderío y la nobleza; más allá, en la calle Lanza, el del maestro de campo don Antonio López de Quiroga, con su torre guardiana, sus lises y sus ondas de mar; el elegantes de los condes de Carma y Cayara, frontis de una antigua casa de la calle Chuquisaca, coronando el brocal con el morrión bruñido, símbolo de bravura militar; el de los condes de la Casa Real de Moneda, y diez más... Y es verdadera veneración lo que siente el pueblo potosino por sus piedras nobiliarias. ¡Lástima que ha desaparecido de su frontispicio legendario, la que dio lustre a la casa de Quiróz!

La casa Consistorial es de las pocas cuyo frontis ha sido modernizado, pero con el estuco, simplemente, sin ampliaciones ni retazos. Su mismo interior, sus mismas escalinatas de madera, su misma sala de honor donde Bolívar dejó remembranzas de un fastuoso saro... ¡Y nada se hable de la Casa Real de Moneda, ni se hable nada de la famosa Matriz, ni de la fachada de San Lorenzo, ni del palacio Prefectural!

--- 0 ---

Acudo a Santa Teresa a visitar la tumba de Francisco de Paula Sanz, cabe el altar mayor, y siento la emoción conventual de la colonia. Oficia el fraile en voz alta su sagrado ritual. ¿Pero, dónde están sus feligreses? ¿O es que no tiene rebaño esta parroquia? Llevo la vista al coro y advierto que tras el tupido bastidor de madera están las reclusas de la hermandad, las humildes monjitas, que supongo cloróticas y delicadas, ancianas, bellas, jóvenes, enfermizas, piadosas... Y esta es la última generación de un apostolado que viene de los primeros días de la conquista porque se ha dispuesto que con la vida de la última religiosa termine este cautiverio monástico. Acudo a San Francisco y siento también el influjo sugerente del pasado, en la beata escurridiza y pilonga, rebozada de su manteleta de merino, que va al templo haciendo alarde de las insignias de su cofradía, su enorme rosario y su alfombra clásica; en el tartufo "pechoño", impenitente y madrugador, que desechó el sobrepelliz por el estrado judicial; en la dama fresca y linda que cruza indiferente la calzada terciando con desgaire su mantón; en su chola familiar que carga con el reclinatorio de caoba y pana carmesí...

Todas las mañanas, temprano, recorro el extramuro. ¡Con qué placer me extravió en el dédalo de callejuelas toledanas! ¡Con qué veneración me inicio en los secretos antañones del arrabal! Hay encrucijadas y caminos tan angostos, que bien pueden sus vecinos darse la mano de balcón a balcón, por sobre la calle. ¡Y cómo se recrea el espíritu ante la renovación del pasado...! Aquí hubo un beneficio minero que produjo, por quintos reales, ocho millones a la Corona; éste es el callejón de los "porteños", que recuerda la más enconada y sangrienta lucha vecinal de la Villa; esta esquina se llama "de la horca". ¡Si aún está el madero, prolongando el arquitebe donde descansa el balcón! Cien cuerpos fueron suspendidos del cordel en esta esquina, por mandatos de justicias, audiencias y corregidores. Por esta calleja entró Bolívar; en este barrio se organizó una fiesta popular al ejército de Belgrano; de aquí salió Pueyrredón para rescatar a la libertad, los caudales de la Moneda...

Es encantador el suburbio. Se suceden merenderos, bazares, pulperías. Cada callejón es una feria donde los tenderos exhiben sus baratijas: telas, ojotas, confituras, estampas, chicha, jarabes. Cada plazoleta es un mercadito mañanero que reproduce las ferias pueblerinas de España. Y hay que acudir al fontanar de cada barrio a la hora de los menesteres de la cocina. Toda la alfarería vecinal sale entonces, a la calle en brazos y caderas de las cholos, como pudieran hacerlo, con sus cestas, las canéforas de Atenas. La fuente es una nodriza opulenta que no tiene reparos para ofrecer sus gracias. De su pecho nutricio, vuelca el chorro jocundo y fresco en el perol de cobre batido que acusa aristocracia, como en el cántaro modesto; en la garrafa de cristal como en la botija roñosa del indio. La fuente es la providencia divina que baja de la mañana por secretos canales, llena de silencio y de piedad, para entregar el tesoro del agua que vale más que el pan...

Potosí es una ciudad infanzona. Ama sus leyendas y sus escudos. Foco, otrora, de linajuda gente, la República que arrasó con el despotismo prebendario de los encomenderos, nada pudo contra el espíritu romanesco que afianzó la ejecutoria de Carlos V...Vive de su pasado y para su pasado. El alma española se perpetúa aun en la piedra de los blasones. Como que el alma española se apoyaba en los tercios de Pizarro y en las lides gloriosas de San Clemente...

Yo me he detenido con unción frente a los caserones de la ciudad a descifrar el lustre de las piedras gentilicias. Pero la heráldica que queda del Potosí colonial, es un retoño de aquella rancia genealogía mezclada con sangre de emperadores y pontífices. Ya no hay toledos que prolonguen en su rodela bruñida, el viejo lema de los duques de Alba: "Desde el alba vine aquí"; ya no hay Mendozas que ostenten en su escudo la rueda de Fortuna, detenida por áurea espada solo el mote gallardo y fanfarrón: "Pues que a mis pies la tengo, derribarme jamás podrá"; ni hay Ponces de León, que afirmen su nobleza en lizas de valor y de amor sobre la fuerza de un corazón que atravesó un venablo y sobre el mote sentencioso y viril: "Es con hierro mi muerte". Y sin embargo, Toledos, Mendozas y Leones, esforzados, galantes y caballerosos, convivieron su vida, corrieron sus calles, justaron sus torneos y supieron morir y vencer por sus mujeres. Y se ramificó en tierra criolla la prosapia rimbombante de Castillos, Hinojosas y Alvarados; Guzmanes y Godines; Zúñigas y Lacernas; Oquendo, Bazanes y Sotomayores; Dávilas, Enriques y Chacones.

De aquel linaje nació una aristocracia autóctona, que renovaba con la labor, con la lealtad y con la sangre, el brillo de las armas melladas en tierra de infieles, en Flandes y en Italia, en Lepanto y en Pavía.

Esto es lo que me dicen los escudos nobiliarios de Potosí, aferrados al soportal de sus viejos caserones... La sangre criolla, se ennoblecía por la gracia del rey, como si fuera menester esta carta de hidalguía para prolongar el espíritu romanesco y glorioso de la raza. Pero, es tan hondo el recuerdo, es tan fuerte el atavismo, tan profundo el rastro español, - por sobre la mita, las encomiendas y los tiranos, - que no habrá mano americana capaz de atentar contra esta piedras labradas, hecha en reto a los siglos como una gloriosa partida bautismal.

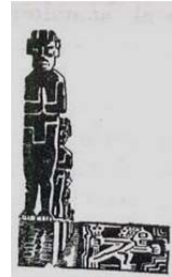
Fue Carlos V quien puso óleo y crisma a la noble ciudad, y fue un Toledo, vicerrey, quien pregonó, por cédula fechada en Lima, el dictado de Villa Imperial, Fidelísima y Noble, y afianzó sobre el Consistorio de Potosí, el escudo emblemático que debía perpetuar su blasón. Ovalo en campo de oro; al centro, el hermoso y rico cerro de Potosí, a ambos lados, las columnas de Hércules, con el vaticinio sobre franja azul: "Plus-Ultra" !Corona al cerro la diadema imperial. Y al pie corre la siguiente leyenda: "Soy el rico Potosí – El mundo soy el tesoro – Soy el rey de los montes – Envidia soy de los reyes".

Felipe II puso también un poco de espiritualidad y de amor en la ofrenda. Dividió el escudo en cuarteles y afirmó los torreones de Castilla sobre rojo y los leones de Aragón sobre amarillo. Y como si la carta de hidalguía no fuera lo suficiente para significar la noble alcurnia de tan opulenta ciudad, poco tiempo después, - 1575, - nueva cédula colmada la gracia real, poniendo todos estos signos sobre campo amarillo, más el águila imperial de Austria, bicéfala y de cabezas cortadas, más el toisón de oro a su pecho; más la leyenda en torno. "*Cesaris potentia – pro rexis prudentia – iste excelsus mons et argentus – orbem debelare universunt*", o sea "El poder del Emperador así como la prudencia del Rey y esta excelsa y argentífera montaña, bastan para señorearse del orbe entero de la tierra".

SEGUNDA PARTE

Bolivia a Través de sus Intelectuales

JAIME MENDOZA



VALOR ESTETICO DEL MACIZO BOLIVIANO

“Bolivia es un complejo montañoso típico. – Y a esa montaña es que hemos llamado Macizo Boliviano”.

* * *

“El macizo montañoso constituye el substracto básico de la nacionalidad boliviana”.

EL PAISAJE boliviano es de los más imponentes y variados del mundo. Tal es la opulencia, la diversidad y aún la oposición de sus cuadros que, en ciertos sectores, el viajero puede descolgarse, en el curso de pocas horas, desde el paisaje polar hasta el de tipo africano, desde el blanco país de la nieve hasta el “infierno verde”, recorriendo de paso las zonas intermediarias o de transición que, en serie mareante, hieren las retinas como una proyección cinematográfica.

Bajo el influjo del paisaje, el turista, por muy flemático que fuere, sentirá vibrar en su alma ciertas cuerdas recónditas... - Aún los graves hombres de ciencia están aquí a punto de volverse poetas. Al ingeniero alemán Rudolph Hauthal, que vino hace años a hacer estudios de geología en las montañas de Bolivia, poco le faltaba para hablar en verso ante el Illimani. Y él, a su vez, cuenta de un compatriota suyo – el Dr. Henry Hoek – quien no pudo menos de elevar al nevado “una canción inspirada de alabanza cuando por vez primera lo vió surgir repentinamente con su aspecto poderoso y mayestático”. Lástima que ese himno al Illimani en la lengua de Goethe sea desconocido entre nosotros.

Tal es la influencia del paisaje.

Pero es lo curioso que entre los poetas bolivianos, rara vez ella se manifiesta. Diríase que el hijo de esta tierra, por el mismo hecho de estar habituado a la contemplación diaria de su ambiente, ya no advierte sus mayores bellezas. Lo frecuente es más bien buscar inspiración en fuentes exóticas. Se tiene a la vera el Illampu – “el genuino Olimpo”, según Villamil de Rada – pero la trashumante inspiración del poeta vuela hasta la Hélade para cantar al Olimpo griego, que al lado del coloso boliviano resulta un chiquitín. Para el poeta terrígena, el altiplano no pasa de ser un páramo sin vida y sin color. No siente la *poesía del desierto*. En cierta ocasión, el ilustre poeta sucrense Ricardo Mujía hablando con un discípulo suyo que había recibido la banda del gay saber en unos juegos florales porque se atrevió a poetizar sobre motivos de la estepa andina, decíale en el mismo punto de felicitarlo:

-Me admira que usted haya sido a inspirarse en el Altiplano, donde yo sólo hallé desolación, tristeza y monotonía.

Y era que el maestro, no obstante la delicadeza de su temperamento, o acaso por ella misma, no había advertido la salvaje belleza de la meseta, que supo captar el discípulo por estar sintonizado con el ambiente.

Y cosa parecida ocurre con otros elementos de esta naturaleza, consideradas supliciantes y odiosos por bardos de espíritu *ultra-sensible*. Un nuevo ejemplo: el viento. Ese viento terrible que en ciertas zonas de la puna brava, como la altiplanicie occidental, donde se alzan el Tata-Sabaya, el Sajama y otros picos volcánicos, constituye un verdadero azote, especialmente para el viajero, a quien recibe como si dijéramos a puñaladas, le ciega los ojos con el polvo de las dunas, le tapa los oídos con su rumor ululantes, paraliza su voz en la garganta y hace más agresivo el frío reinante. Pues bien, yo, que en mis años mozos había cantado cierta vez al viento, sólo hallé la incompreensión del medio intelectual que me rodeaba; o, si acaso impresionó realmente a gentes sencillas, esas que no están obnubiladas por la carcoma de una cultura epidérmica. ¿Y qué? Terco y reacio, como vasco de vieja cepa, años después torné a hablar del viento en mi novela *En las Tierras del Potosí*. Como que en París, Rufino Blanco Fombona, decíame a poco de publicada:

-¿Sabe usted cuál es para mí el principal personaje de su libro? El viento. Recuerdo, a este propósito, que cierto pasaje de Dostoyewsky en que se pinta un caballo muerto, me hizo tal impresión, que el caballo está hoy mismo fijo en mis retinas. Y así me ha pasado con el viento leyendo su libro; aún lo tengo aquí, sonando en mis oídos.

He aquí un hombre que sin haber estado en Bolivia, supo comprender el paisaje boliviano mejor, mucho mejor, que ciertos literatos de salón, quienes en nuestros trigos o no oyen la voz del ambiente, o la desoyen, considerándola tal vez – mentecatos – grosera y salvaje.

--- 0 ---

En la pintura, igual que en la poesía, prosigue figurando, como elemento primordial, el paisaje. Mas como no podemos tocar esa materia en sus variados aspectos, fijémonos apenas en uno para explicar nuestro punto de vista: el color.

Ya sea por la enorme altitud del país, u otros factores, lo cierto es que aquí la luz tiene una riqueza cromática singular, manifestada no tan sólo por la multiplicidad de matices sino también por aquello que podríamos decir su calidad. Un ejemplo. El azul. ¡Qué filón para el pintor! Y no es que nos estemos refiriendo precisamente al azul del cielo. Hablamos más bien del azul de la tierra; de esa gama admirable de tonos que revisten las rocas, las pampas, los lagos, las montañas – en horas propicias del día o de la noche. Cuando hace luengos años el viajero y diplomático chileno Carlos Walker Martínez hablaba del color violado de las montañas de Bolivia, era justamente porque había sabido percibir una de las principales características del paisaje andino boliviano, pues aunque esa coloración es común a las regiones montañosas de otros países, contempladas

desde la distancia, - en Bolivia, y muy especialmente en ciertas zonas, adquiere un relieve muy peculiar. Nosotros en este orden hemos podido admirar cuadros bellísimos. Hemos visto por ejemplo, en las madrugadas del otoño altiplánico, el lago Poopó, que como se sabe es un gran depósito de aguas turbias y salobres, con orillas áridas y brumas espesas convertido en una inmensa pincelada lapislázuli que cerraba el confín abarcando por el poniente con sus tenues cendales una ancha parte del cielo, que se diría cubierto por las mismas aguas del lago, allí donde aún fulgían el Altar del Águila y la Vega de la Lyra, mientras por el oriente la luz indecisa del alba parecía retardar su marcha para no romper el encanto de esa hora maravillosa.

El viajero, estamos ciertos, encontrará impresiones indescriptibles sobre todo en la Altiplanicie, donde quizá por la gran intensidad de los rayos actínicos del sol, adquieren mayor belleza las tonalidades del azul a que nos estamos refiriendo. Y en las noches, cuando por la tierra y el cielo pasan esas formidables corrientes que encienden por un instante el paisaje, notará que aún en el rojo y dorado de la luz relampagueante está trasfundida una tonalidad de amatista y berilo. Y en las mismas ciudades del Macizo podrá, desde las calles, captar nuevos matices del mismo color en las montañas próximas. En La Paz, al atardecer, cuando ya el sol ya apagando sus reflejos en los picachos del Illimani, verá cómo llega un momento en que aparece fugazmente, entre la gama inefable de los tintes vespertinos, una suavísima tonalidad celeste sobre la blancura de la nieve. Franz Tamayo, hablándonos alguna vez de ella, la llamaba *color seráfico*. Y otras montañas – tal el Quila-Quila de Sucre, - ya no sobre la nieve sino sobre la misma roca, muestran en ciertas horas del día irisaciones y aún la transparencia del cristal. Y más todavía: otras – como el Potosí – en las noches de luna y bajo estados atmosféricos especiales se va esfumando, vamos al decir, ante los ojos del viandante hasta que llega a desaparecer porque su silueta se ha confundido con el firmamento.

Como se ve, aún sólo tratándose de un solo motivo cromático, el Macizo Boliviano constituye para el artista una urna colmada de riquezas.

Pero si le atraen más que los paisajes de la naturaleza los tipos humanos, ¡cuánto podrá explotar también en ese campo! Allí está el paisaje prehistórico. Envueltas en la bruma de un pasado inmemorial surgen figuras enigmáticas. La cerámica primitiva nos da muchas muestras, plenas de sorprendente realismo. Un simple rasgo, digamos la nariz, en esos rostros petrificados, ya podrá probar las dotes interpretativas del artista. (Hablamos del artista de verdad: de aquel que sabe a la vez analizar e intuir). Y saltando de la prehistoria a otros ciclos humanos ya mejor conocidos, hallará asimismo asunto del más grande interés estético. Citemos por ser un *representative man* de la Conquista hispánica, a aquel Francisco de Carvajal – el *Demonio de los Andes* – quien a los ochenta años de edad ambulaba sobre el Macizo como un mozo, y derramaba sin tasa, haciendo siempre, torrentes de sangre, y amontonaba tesoro sobre con la sordidez de un avaro inverecundo; y que al cabo, vencido y llevado al suplicio dentro de un canasto arrastrado por dos mulos, como se estilaba en la época con ciertos criminales, - iba como si tal cosa, divertido con su propia desdicha.

De esta figura realmente notable desde diversos puntos de vista no sabemos nosotros que en Bolivia se haya ocupado algún poeta, ni mucho menos un pintor.

En el Demonio de los Andes aparece un conjunto extraordinario de cualidades, que le confiere, según decíamos, el carácter de verdadero espécimen entre los conquistadores. Allí están en un solo haz, el valor – un valor inaudito, - la resistencia, la crueldad, la codicia y el buen humor alumbrado en un rostro resquebrajado de viejo ochentón.

Pero aún sin ir hasta las lejanías prehistóricas e históricas, ¿no están hoy mismo presentes, en carne y hueso, ante los ojos del artista figuras que reproducen los arquetipos ancestrales? No ha mucho, en las estribaciones del Macizo lindantes del Chaco, encontrábamos entre los Chiriguanos, (indígenas de ascendencia guaraníca) tipos que nos traían inmediatamente el recuerdo de ciertos ejemplares étnicos andinos, como los *yuras*, de ojos derechos y nariz aguileña y afilada. Y es que aquellos tienen seguramente entre sus antecesores más remotos al

charca, habiendo posteriormente guaranizados. Y en La Paz, en aquellos mismos días, el profesor Arturo Posnansky nos enseñaba una colección de fotografías de tipos *kollas* y *aruwakas*, tal como él los clasificaba, cuya disparidad racial se advierte a simple vista: la expresión, el ademán, captados por la máquina fotográfica, enseñaba más que las simples medidas antropométricas. Recordamos entre esos retratos el de un *collana* viejo, con tal dignidad plasmada en el semblante y tal nobleza de rasgos faciales, que en nada le iba en zaga al *Erasmus* de Holbein.

He ahí para el pintor asuntos de valía indudable. Porque si la mera fotografía fija así, en instante fugitivo, la plástica del rostro humano, ¡cuánto más puede hacer el pintor escrutando con mirada zahorí en el fondo de las almas, para trasladar su concepción al lienzo! Recordemos también los cuadros de Cecilio Guzmán de Rojas, sobre motivos del Chaco, en la guerra pasada. En Trágicos Titanes figuran tipos de la raza en toda la tremenda majestad que les da la inedia, el dolor, el heroísmo, la muerte. Hablan allí hasta los muertos, como el soldado tendido en el suelo con un rictus inenarrable en los ojos y los labios entreabiertos. En *Gloria* y *Vacío*, junto a los rostros macabros, la sola *carahuata* que por delante de ellos alza sus hojas espinudas e incurvadas como puñales, resume todo el paisaje del Chaco.

JOSE EDUARDO GUERRA



DOS CIUDADES DEL LLANO

EL PANORAMA que se abre ahora ante nuestros ojos tiene una grandeza muy distinta. No son ya los yermos desolados ni las vertiginosas alturas. A la austeridad de la naturaleza y a la señera originalidad de las ciudades de la altiplanicie, han sucedido las feraces llanuras y las selvas vírgenes. Tierras cuya fecundidad desconcierta y abrumba, tal es su profusión de flores y de plantas monstruosas propias para ilustrar las más exasperadas concepciones de un arte decadente... Y sin embargo – afirman los viajeros, - la soledad de los bosques es más terrible que la de los áridos desiertos. Es la suya una soledad inquieta, preñada de amenazas. Es aquel un “infierno verde” en el que los demonios acechan de todas partes, asumiendo las más variadas formas. En la selva es tanto más grande el desamparo cuanto más fantástica la belleza de la vegetación. La selva, como las arenas del desierto, tiene también sus espejismos; sólo que en la selva el más alucinante de los espejismos es el auditivo. Los oídos del viajero, convertidos por la fiebre y la quinina, en cajas de resonancia, oyen constantemente, ya lejano, ya próximo, el rumor acompasado y amplio de las aguas de un río o el de una cascada que se precipita desde lo alto de una montaña inverosímil.

--- 0 ---

¡El árbol y la piedra! He ahí polarizado, en términos escuetos pero preñados de expresión, el símbolo de la plural riqueza del suelo boliviano. Sus sendos atributos esenciales serían: el *oro negro* de la goma, cuyo jugo – lácteo y denso al brotar de la corteza diestramente picada por el punzón del siringuero – se convertía instantáneamente en flamantes libras esterlinas; y la plata nativa, el *oro blanco*, al que no había más que estamparle la efigie codiciada y echarlo a rodar por los mercados del mundo... Pasaron esos tiempos felices cuando las plantaciones de goma hechas en gran escala en otros puntos del globo que cuentan con fáciles medios de transporte, cegaron esas inagotables fuentes de riqueza; y pasaron también aquellos otros en que el Cerro de Potosí era el “asombro del universo...” Pero si a la plata han reemplazado, y con ventaja, otros metales, el Departamento Pando espera todavía la llegada de esforzados trabajadores que lo despierten una vez más de su modorra tropical.

--- 0 ---

Los innumerables ríos que riegan las llanuras ensanchan los horizontes en frescas lejanías azules, librando al espíritu de la obsesión verde y de la opresora fronda de los árboles poblados de pájaros burlones y de rumores misteriosos. Allí los ríos, esos “camino que andan”, son la providencia del viajero. El río es a la selva lo que el oasis al desierto. La vida humana en la una y en el otro sería imposible sin la sombra acogedora del oasis y la sedante frescura de los ríos. Las ciudades del Beni y del Territorio de Colonias son oasis en un desierto de verdura, al borde de los ríos que “guardan una imagen anticipada del mar”, según la feliz expresión de Gustavo Adolfo Otero. Pequeñas ciudades pintorescas que son las grandes urbes del futuro: Trinidad, Cobija, Riberalta, Villa Bella...

El Madre de Dios, el Mamoré, el Beni, el Orthon, el Iténez... ríos de nombres sonoros desde cuyas umbrosas márgenes acechan los misterios de la selva; ríos de aguas anchas y remansadas como lagos, que despaciosamente siguen su curso hacia el océano, cruzados por amplios batelones y lanchas automóviles, o estrechos y veloces que se precipitan en saltos vertiginosos, y sobre cuyas crestas retorcidas hacen prodigios de equilibrio – auténticos maromeros sobre abismos de espuma – los *callapus* de los indígenas.

Trinidad, la capital de El Beni, “ciudad fluvial y mediterránea, según las estaciones – escribe Vaca Chávez – camina hacia el porvenir *alegre y confiada*, en medio de la riqueza de sus campos y la opulencia de numerosos ríos navegables. Durante medio año, cuando las aguas de las grandes arterias crecen y salen de cauce, Trinidad se convierte en una isla y, en las tibias tardes de febrero, de marzo y abril, se puebla de navegantes y bañistas, que dan una pintoresca y riente animación a la pequeña urbe, transformada en una auténtica Venecia criolla. Pasa la época de las crecientes y entonces los alrededores de Trinidad se visten de gala. En los numerosos charcos que dejan las aguas brota lujuriantemente el nenúfar de exquisita fragancia. Cada árbol es un ramo rosa, lila o amarillo. A veces una enorme bandera de garzas reales cubre con la albura de su plumaje vastas extensiones de la selva”. “Después, en el bochorno de los meses de agosto, de septiembre y de octubre, cuando Trinidad cesa de ser una ciudad fluvial, los pobladores la abandonan en busca de los ríos y las llanuras próximas. A la rauda canoa sucede el carretón de ruedas macizas y lento rodar, tirado por bueyes”.

--- 0 ---

¡El Beni! Esta palabra mágica resuena con imperioso acento de reclamo en los corazones sedientos de aventura y abre un horizonte de posibilidades infinitas a los hombres de pro.

--- 0 ---

En Santa Cruz de la Sierra, la selva se humaniza. A medida que, viniendo de El Beni y acercándose a la capital del Oriente Boliviano, se gana en grados geográficos hacia el Sur, remontando el curso de los ríos o abriéndose paso entre los bosques, el panorama se amplifica y se desdobra en perspectivas que ya no obstruyen la espesura de la selva. Diríase que un soplo de las lejanas cordilleras purifica la atmósfera y serena la frente de la naturaleza que va volviendo poco a poco al sentido de la proporción y la medida.

Santa Cruz de la Sierra, al conservar hasta hoy su nombre primitivo, que es todo un símbolo permanente cargado de significaciones históricas, está expresando que entre esa ciudad y las del Macizo Andino existe un nexo indisoluble: San Cruz de la Sierra se llamó la erigida por el insigne capitán Ñuflo de Chávez al pie de la serranía de San José, azanzada del Ande hacia el Oriente, y *de la Sierra* se siguió llamando, como para reafirmar la inquebrantable voluntad de su destino, al ser trasladada pocos años más tarde a los ubérrimos llanos de Güelgorigotá...

--- 0 ---

En el departamento de Santa Cruz las haciendas se miden por centenares de kilómetros cuadrados y los hacendados ignoran el número de cabezas de los cuantiosos rebaños diseminados en sus vastos dominios. “Estamos en Santa Cruz, en una hacienda – cuenta Salmón Ballivián, viajero *colla* – Al amanecer, después de una noche tibia y tranquila, se oye el ir y venir de los mozos y sirvientes en una patio tan grande como una plaza que sirve para secar el arroz y café. “Nos hallamos dentro de un patriarcado. El primer pensamiento del patriarca consiste en ver si está listo el desayuno, o más propiamente el almuerzo del centenar de familias que trabajan con él. Aquello parece una reviviscencia de las bodas de Camacho; una serie de olla enormes en las que hierve el *tujuré* o *tojorí* colectivo preparado con grandes cantidades de maíz y la leche de “cuarenta vacas...” En otro lugar de la casa de hacienda, “*cambas* de ojos vivos y penetrantes” descargan la caña destinada al trapiche...

Aparte de una que otra nota de industrial modernidad, lo que cuenta Salmón Ballivián trae a la memoria las páginas escritas por René-Moreno sobre la Santa Cruz de los tiempos de la expulsión de los jesuitas: "El cercado se denominaba *Afueraelpueblo*. En él residían conforme a la costumbre originaria no pocas familias principales, dejando para ello cerradas gran parte del año sus obligatorias casas del Pueblo. Este mismo era una especie de *Afueraelpueblo* en compendio..." "Santa Cruz, antes que una población urbana, era un enorme conjunto de granjas y alquerías, sembradas frondosamente por naranjos, tamarindos, *cosorióes* y *cupesíes*. Senderos abovedados por enramadas floridas y fragantes separaban una de otras las casas. Y eran estas unas verdaderas cabañas espaciosas, de dos maneras techadas, frescas pero rústicamente, ya con la hoja entretejida o ya con el tronco acanalado de la palma. Dicen que anacreóntica epicúreamente se vivía allí a la de Dios, sin que a nadie le importa un *guapomó* o un *pitajaya* lo que en el mundo pasaba. La plaza principal y algunas de las once calles arenosas estaban edificadas de adobe y teja: pero sólo a trechos y dejando intermedios solares, que eran otras tantas dehesas o floresta. Y sucedía que estas praderas o matorrales urbanos estaban cruzados de senderos estrechos misteriosos, que guiaban a sitios visitados por el amor o a cabañas plebeyas. Apenas había una o dos manzanas cuya parte central no estuviera dispuesta o habitada en esta forma por guitarristas, hilanderas, lavanderas, costureras... Y estas mujeres eran otras tantas andaluzas decidoras por el habla y el tipo de la raza, bien que predominando en su facciones rasgos extremeños para todos los gustos. *Anda por los caminitos, está perdido por entre las casitas*, quería en aquel tiempo decir que alguno saboreaba las *ambaibas*, *ocorós*, *pitones*, *quitachiyús*, del amor sensual, sesteando en las hamacas que allí colgaban, bajo el ardor primaveral de las pasiones en las verdes orillas del lago de la vida". "Visitábase a caballo; lloviendo, se iba a misa en zancos y en carretón; uno se quedaba a comer o cenar allá donde le sonó la hora; cuatro zapateros bastaban al pueblo; muchos bautizos y poquísimos matrimonios; las frutas más delicadas reventadas para el paladar de los prebendados; y ¡ay! de aquel que no fuera blanco de pura raza, pues ése sólo y sólo ése debía trabajar y a sus horas divertirse, mientras que los demás debían divertirse y ociarse al modo de señores nacidos para eso únicamente".

¿Han cambiado desde entonces en Santa Cruz de la Sierra el aspecto de la ciudad y el carácter de sus gentes? Dígalo Vaca Chávez: "Aunque en los últimos tiempos ha mejorado notablemente la construcción de sus edificios públicos y particulares, Santa Cruz es una ciudad singular que conserva sus amplias viviendas coloniales, con sus blancos patios de arcadas moriscas, en los cuales no falta el aljibe de agua cristalina y fresca. Vistas desde una eminencia, las casas desaparecen bajo la tupida fronda de los naranjos que el final del invierno envuelve la población en un fragante perfume". "Y no sólo es Santa Cruz la patria de las mujeres de ojos azules y árabe esbeltez; no es sólo el país de los naranjos, del jazmín del Cabo, de las palmeras y de los pavos reales. Es, ante todo, la ciudad alegre, la ciudad musical, al aproximarse a Santa Cruz, junto con las altas y macizas torres de la catedral, son los acordes de una banda de música, que celebra un cumpleaños, un examen o cualquier otro acontecimiento social o particular. La música es el alma de ese pueblo. Por eso es que con música celebran las alegrías del hogar, con música dejan a los difuntos en el silencio del cementerio, con música rinde culto a los santos y a las glorias de la patria, y con música los políticos ahogan el rumor de sus disputas electorales".

--- 0 ---

ENRIQUE FINOT



ARTE COLONIAL EN BOLIVIA

EMPEZANDO el examen del arte altooperuano por la arquitectura, la más permanente y completa de las artes, y ciñéndose a las proporciones reducidas de esta reseña conviene distinguir dos géneros de las fábricas coloniales arquitectónicas: el religioso, que floreció en templos y monasterios de gran magnificencia, y el que podría llamarse civil, representado por edificios públicos y residencias señoriales.

Es fama que gran número de templos y conventos, levantados con el pródigo aporte de la piedad de los fieles, generalmente fueron dirigidos en su construcción por maestros arquitectos venidos de España, algunos de gran renombre, aunque tampoco faltaron los alarifes nativos, que muy pronto estuvieron en condición de bastarse a sí mismos.

A la influencia de este último elemento, en el que sobresalieron indígenas de habilidad extraordinaria, se debe sin duda la introducción, en el estilo español más o menor puro, de algunas características arquitectónicas absolutamente típicas, que constituyen el sello propio del arte americano. A ese período corresponde la columna colonial, la “columna panzuda”, como la llama Sartorio, así como los diversos motivos ornamentales que no han pasado inadvertidos para los observadores atentos y acuciosos.

Es indudable que las influencias y transformaciones que se observan en la arquitectura española renacentista, de nobles líneas en sus comienzos, como puede apreciarse en las severas construcciones de Burgos y de Salamanca, se reprodujeron con poca diferencia en el sitio colonial altooperuano, como en el de otras regiones de América, muchas veces sin orden ni concierto. San Francisco de Potosí es un ejemplo de renacimiento español, con reminiscencias góticas y tal cual moderado aditamento plateresco. *San Lorenzo* de la misma ciudad, en cambio, es churrigueresco con mucho de muzárabe y no poco de las tendencias decorativas del arte indígena. *San Francisco* de La Paz es típicamente barroco, pero también abunda en extrañas influencias. Por eso dice con razón un distinguido crítico de arte que, “contra el sencillo deseo de los que aspiran a ver un edificio colonial catalogado con cualquiera de esos nombres (isabelino, plateresco, herreriano, barroco, churrigueresco, etc.) ocurre a veces encontrar sobre las líneas de un frontispicio muy desconcertantes filiaciones”. Lo que parece indudable, sin embargo, es que los dos grandes estilos españoles, el plateresco y el barroco, son los que mantienen más acentuada influencia y más difundida representación en la arquitectura colonial altooperuana.

Muchos y muy notables son los templos de Potosí, Chuquisaca, La Paz y Cochabamba, que mantiene la tradición del arte colonial, provocando la curiosidad y admiración del extranjero. Herederos a la vez de los artífices del prehistórico Tihuanacu y de los talladores de piedra que labraron las bellezas del Escorial, los picapedreros altooperuanos, como se los llamaba humildemente, han dejado monumentos que resisten el ultraje de los siglos ya que están ahí erectos para proclamar, a la vez que la piedad, la pujanza y el buen gusto de las generaciones pasadas y la herencia hispánica de que las nuevas se muestran orgullosas.

Para no citar sino los más dignos de mención, conviene enumerar entre las reliquias arquitectónicas coloniales de las ciudades bolivianas, La Casa de la Moneda, el Palacio del marqués de Otaví, el Convento de San Francisco, la afiligranada torre de la Compañía, la iglesia Matriz y San Lorenzo, en Potosí; la casa de los marqueses de Villaverde, San Francisco, Santo Domingo, y la catedral, en La Paz; San Lázaro, la Recoleta y la suntuosa catedral metropolitana, en Chuquisaca; Santa Teresa, por fin, en Cochabamba.

San Francisco de Potosí fue empezada en 1707 bajo la dirección de Fray Juan Burruaga. Aunque sus líneas generales son de orden gótico, contiene también las consabidas influencias del gusto de la época, lo que por cierto no le quita belleza ni le resta majestad. Su construcción fue terminada por Fray Juan Arrieta, potosino, después de veinte años de trabajo y con enorme costo, sufragado con las limosnas de los mineros ricos de la villa. La antigua Casa de Moneda, así como la Matriz, empezaron a construirse en 1572. La reconstrucción de esta última fue emprendida a fines del siglo XVIII por el alarife Pedro Arrieta y es una de las obras más bellas y armoniosas que hay en el país.

Pero el encanto evocador de las ciudades bolivianas, especialmente de Potosí, no consiste en los monumentos aislados, perdidos ya casi entre las masa de edificaciones modernas, en otras ciudades de América. Está en el conjunto, en el aspecto general de barrios enteros, típicamente coloniales, en los que abundan las portadas con pilastras y festones blasonados, los balcones volados sostenidos por ménsulas, las puertas de hierro forjado y tantas otras características que producen la impresión de hallarse transportado a los rincones más típicos de Sevilla o de Toledo.

--- 0 ---

Abundan en los templos y conventos bolivianos las pinturas de la época colonial, algunas de positivo mérito, de origen indiscutiblemente peninsular. Existen en las catedrales de La Paz y Chuquisaca y en los templos de Cochabamba y Potosí, cuadros de escuela, atribuidos con harta fundamento a los maestros españoles de los siglos XVII y XVIII, contándose entre ellos algunos ejemplares de Murillo, de Rivera y Zurbarán. Pero existe también pintura altooperuana propia, influida por la coetánea española, con manifestaciones muy apreciables y dignas de tomarse en consideración.

Entre los altoperuanos sobresale por la calidad y extensión de su obra el potosino Pérez de Holguín, que ha dejado más de cuarenta cuadros, todos ellos de asunto religioso. De familia prócer, este artista se trasladó a España durante sus años mozos y tomó lecciones en los talleres de los grandes pintores del siglo XVII, alcanzando a ser uno de los aventajados discípulos de Murillo. De regreso a la patria se consagró a su arte con empeño, y su producción recibió alternativamente tanto la influencia del maestro citado, como la de Zurbarán, cuyos efectos sombríos imitaba con verdadero acierto.

Muchos son los cuadros de autor desconocido que se encuentran en templos y monasterios de Bolivia, revelando escuelas y tendencias diferentes, que indudablemente obedecen a la época en que fueron trabajados. Así, por ejemplo, al lado de las pinturas que presentan las características de los primitivos españoles, especialmente de los vascos, con recargo de ornamentación dorada, se ven telas inspiradas en el Greco, con su típica exacerbación del sentido trágico religioso, o bien creaciones de figuras místicas que evocan la manera de Murillo. Tarea interesante sería la de catalogar la pintura colonial altooperuana, investigando prolijamente sus orígenes y desarrollo; pero la reducida extensión de este trabajo y la falta de elementos a que me condena la distancia, son motivos que obligan a conformarse con una reseña pasajera.

Para formar un útil vademécum, sin embargo, conviene consignar en obsequio de aficionados y curiosos, que la catedral de Sucre posee tres Murillos de autenticidad casi comprobada y un Españolito (*El Martirio de San Bartolomé*), que la catedral de La Paz es propietaria de dos Rubens y dos Murillos cuya legitimidad garantizan los entendidos y, en fin, que

varias colecciones particulares bolivianas contienen cuadros de los grandes maestros españoles, originales o buenas copias de época, de cuya posesión los propietarios se sienten orgullosos.

Hay en el convento de Santa Teresa de Cochabamba una serie de grandes cuadros de buen pincel, el nombre de cuyo autor no se conserva, y que merece ser citada como espécimen de la pintura colonial altooperuana. La composición, la técnica, el colorido, todo revela en esa colección la existencia de un artista cuya identidad, por desgracia, no ha sido establecida.

--- 0 ---

También la escultura altooperuana es la escultura española, con la inspiración de Berruguete, Hernández, Cano, Pedro de Mena y Montañés y con las consiguientes influencias del medio ambiente americano. Floreció en los siglos XVII y XVIII la talla en madera, en la que fueron acabados artífices los peninsulares de aquellos tiempos. Debieron venir de España, para templos y capillas particulares, muchas imágenes religiosas, como vinieron al Perú, a Quito y a otros lugares de América; pero también es fama que no tardaron en aparecer entre indígenas y criollos escultores sobresalientes. Debieron surgir también imitadores de los imagineros quiteños, pues muchas de las imágenes que existen en Bolivia revelan las características de las obras del padre Carlos y de Diego de Robles, bien que tampoco sería de extraño que algunas de ellas hubieran sido traídas desde aquella gran fábrica de estatuas religiosas que fue Quito. En todo caso, el arte del formón y de la gubia, del mazo y la escofina, tuvo apreciables cultivadores en el Alto Perú.

Pero este arte escultórico nos redujo a la fabricación de imágenes destinadas al culto, sino que fue también el complemento del arte arquitectónico. El tallado en madera abarcó la confección de altares y retratos de belleza incomparable, de revestimientos, artonados, sillerías de oro y salas capitulares, molduras y cornucopias de toda clase. El mismo arte se manifestó en forma de admirables ejemplares de talla, como arcones, escaños, sillones, confesionarios, púlpitos, atriles y candelabros, fuera de puertas y ventanas, antepuertas y mamparas. Esas tallas eran generalmente revestidas de láminas de oro, aplicada por procedimientos tan acabados, que se conservan hasta el día con limpieza y brillo sorprendentes.

Hay tres tipos de escultura religiosa que se guarda en los templos bolivianos. El primero es el de las figuras talladas en madera, con ligero revestimiento de estuco, en que los trajes son también parte de la talla y en que el conjunto ha sido primorosamente policromado. Estos son los dos ejemplares menos comunes y en su sencillez los más artísticos. El segundo tipo es el de las estatuas cubiertas con vestiduras de telas engomadas y pintadas, en que los trajes aparecen mejor estilizados. El tercer tipo, por último, es el de las imágenes llamadas "de candelero", en que solamente la cabeza y las manos, raramente los pies, son las partes esculpidas y pintadas, mientras el resto del cuerpo es un simple tronco de madera apenas devastado. Este tipo de escaso mérito artístico, permitió sin embargo, lo mismo que en España, el desarrollo de las telas ricas y del bordado en oro, plata y seda, con incrustaciones de perlas y de perlas falsas o preciosas. Los gremios de bordadores en las ciudades altooperuanas atendían no solamente el indumento de las imágenes, sino también a la confección de vestiduras sagradas (capas pluviales, dalmáticas, estolas y mitras para Obispos), todo de una riqueza extraordinaria y de un realce tan perfecto, que hoy son objetos buscadísimos y muy apreciados por gentes de buen gusto y coleccionistas expertos. Este mismo arte del bordado con hilos metálicos, cultivado con tanto esmero durante el período colonial, es el que actualmente proporciona las galas de los bailarines indígenas bolivianos, en las épocas de carnaval y en determinadas fiestas cívicas y religiosas, causando la admiración del forastero por la variedad y el lujo de tan curiosos atavíos.

Por su relación con la escultura, queda todavía por mencionarse la alfarería, que desarrollando la muy adelantada cerámica que poseían los quichuas y aymaras, creó paralelamente el arte indígena del modelado en arcilla y del esmalte, un arte colonial del cual se conservan ejemplares de positivo mérito, con reminiscencias de las formas antiguas de Talavera y el Buen Retiro, aunque hay que reconocer que los españoles siguieron permitiendo y fomentaron el

arte indígena con sus propias formas y decoraciones, que se mantienen en nuestros días, bien que sin alcanzar un grado muy sensible de progreso.

Hay indicios vehementes de que la escultura altooperuana o, mejor dicho, la escultura colonial en general, presenta características orientales que han hecho pensar a algunos críticos avisados, como el ya nombrado Sartorio, que hubo en América, durante el *colonialismo*, una influencia artística venida de China y el Japón, lo que nos es inverosímil si se considera que las órdenes religiosas establecidas en México habían entablado relaciones con los pueblos asiáticos, de donde trajeron artífices aventajados. “He indicado – escribe Sartorio – cómo una infinidad de altares en sus coronamientos, acusan influencias indochinas y coreanas. La escultura de las imágenes siente igual influencia. No sólo en los suntuosos nichos de muchos altares de La Paz, Lima y Quito, si las figuras de los santos fueran sustituidas por las de Brahma, Siva y Bhuda, éstas se encontrarían en un ambiente familiar, sino que las imágenes mismas católicas se han transformado”. Sin desconocer el fundamento de estas opiniones, bien se puede colegir que la influencia que se ha creído importada de Asia durante el período colonial, es más bien la influencia indígena de que se ha hablado más atrás, es decir, de ese ambiente americano que hizo evolucionar el arte español y lo llevó a tomar modalidades características y especiales. La semejanza entre las manifestaciones de arte prehistórico americano y las del arte japonés, chino o coreano, hace tiempo que fue señalada como una prueba más de la hipótesis que atribuye a la raza americana un origen asiático más o menos remoto.

Entre las obras escultóricas más notables que pueden admirarse en los templos bolivianos merece mención el *Cristo de Veracruz*, de San Francisco de Potosí, de autor y procedencia desconocidos; la *Virgen de la Merced*, en el templo de ese nombre de la misma ciudad; el *Cristo del Gran Poder*, de la capilla de la Inquisición en Chuquisaca; la *Virgen de Copacabana* en el pueblo y santuario del mismo nombre. Etc., etc.

Entre los trabajos de talla son notables los altares de San Agustín en Potosí y la Sillería del coro de la Recoleta, el retablo de los Dominicos y la Capilla de los jesuitas, más tarde salón de sesiones del Congreso, en Chuquisaca.

--- 0 ---

Quedaría por mencionar el arte de los trabajos en metal, especialmente en plata, que hizo célebres a los plateros y orfebres del Alto Perú en las cuatro últimas centurias. La falta de mármol condujo al empleo de la plata como material favorito para revestimiento de altares, y la abundancia de ese metal hizo que se le usara con profusión en los ornamentos de iglesia. El repujado y el cincelado alcanzaron un grado de perfección realmente sorprendentes, teniendo en cuenta que se trabajaba siempre a mano y se daba las formas más variadas a golpe de martillo. Hay piezas de plata maciza del arte colonial altooperuano, que han alcanzado precios enormes en los mercados europeos. Vajillas, vasos sagrados y objetos de culto, como custodias, vinajeras y copones, de origen colonial existen en gran cantidad, diseminados en todas las poblaciones de Bolivia, no siendo raros los objetos en oro.

En Potosí se fabricaba también armas damasquinadas. Los espaderos potosinos competían con los de Lima y los de Toledo en España, por la calidad y el temple de sus hojas aceradas, como por el primor de sus empuñaduras del metal precioso.

Los trabajos en hierro forjado no iban en zaga y se lucían en rejas de portones y ventanas, en balcones y objetos diversos. Las obras en bronce no eran menos admirables: historias llamadores y rosetones de puertas monumentales, braseros de toda forma y tamaño, a cuyo alrededor se hacía tertulia o se rezaba en largas y frías noches invernales.

RIGOBERTO PAREDES



MUSICA INDIGENA EN LA ALTIPLANICIE

LOS INSTRUMENTOS musicales usados por los indios son de viento y están formados, casi en su totalidad, de la caña hueca denominada *chuqui*, la que no es sino una variedad de la especie clasificada de *arundo donax* en botánica. Todos ellos se reducen a los siguientes:

El *pincullo*, de eco agudo y delicada, semejante al flayolé, es el instrumento más común y acaso el más antiguo que tuvieron los kollas.

La *qquena*, el *qquenalí*, que se diferencian por el tamaño y la variedad de sonidos.

La *kkhoana* o *marimacho*, que tiene un eco dulce.

Esos instrumentos y sus similares llevan siete orificios, que corresponden a la tónica o escala musical. Esta coincidencia, hace suponer, por algunos de esos orificios debieron agregarse posteriormente, porque es evidente que los instrumentos primitivos no tuvieron más que tres, cuatro o lo más cinco agujeros, como que no conocían la tónica musical y su arte era rudimentario.

El *aykkori* está formado de caña bambuesa de un metro de largo, más o menos, a la cual, se adhiere otra más delgada y pequeña, teniendo ambas cañas unidas las embocaduras, de tal manera que a la vez pueden soplar. *Aykkory*, quiere decir, quejumbroso; su nombre debió emanar del sonido demasiado fúnebre que tiene.

La *tarkka* es de variadas clases y la fabrican de una madera especial, cuadrándolas por sus costados algunas de ellas. Entre las distintas variedades de este instrumento, casi todas tienen el eco parecido al clarinete alemán. El grosor y el número de orificios laterales que llevan dichas flautas diferencian los sonidos y también su nombre; así tenemos el *pusi-ppia*, que es una flauta que a veces tiene 80 centímetros de longitud, con cuatro agujeros, de donde deriva su denominación.

El *pulula*, que propiamente es un pito o cañuto de 10 a 20 centímetros que tiene sujeto a una de sus extremidades, un poro o un símil de barro cocido d forma esferoide no mayor que una naranja, con uno o muchos orificios. Los usan generalmente en la época de las cosechas, y como signo de alegría. Su sonido, se asemeja al de la okarina.

Por último, el *sicu*, famoso instrumento indígena, parecido a la flauta mitológica de Pan, la *syrinx* de los griegos, al *arunda* o *fistula* de los romanos. Consta de cuatro filas de cañas colocadas una sobre otras, divididas en dos partes separadas, de a dos filas cada una, siendo los tubos de distintos tamaños. Se conoce vulgarmente en castellano con el nombre de zampoña, y es de varias clases, diferenciándose por la dimensión y distinto tono que cada cual posee. Los principales son los siguientes: *tayca-irpa*, instrumentos de gran tamaño que hace el papel de bajo, *multu*, zampoña más pequeña, y así sucesivamente, siguen las demás con los nombres de *licu*,

chiru y *tutu*, que forman en su conjunto contrabajos, barítonos y tiples coordinados a la distancia de una octava justa, asemejándose en la emisión de voces al órgano, aunque en su ejecución, se nota la falta de algunos semitonos.

Con la denominación de *manchay-puito*, se conoce una flauta formada de la canilla de algún animal y que se toca introduciéndola en un cántaro de barro, que tiene aberturas apropiadas en los costados para meter las manos. La creencia popular supone que esa canilla pertenece a la mujer amada, de cuyo cadáver, desenterrado furtivamente, fue extraída. También emplean la *qqena* en la misma forma. Hoy ha caído en completo desuso semejante aparato. Los indios, por embriagados y aburridos que estén nunca lo tocan, porque temen condenarse si lo hacen, porque, como cuenta Ricardo Palma, “la iglesia fulminó excomunió mayor contra los que cantaren el *Manchay-puito* o tocaren *qqena* dentro de un cántaro”; sin embargo, no falta algún mestizo despreocupado que se atreve a manejarlo.

El instrumento de guerra que los naturales poseen es el *pututu*, cornamusa proveniente de la asta de toro o de hoja de lata. En la época antecolombiana lo hacían de madera o enroscaban hábilmente la corteza de algún árbol. Tiene un sonido bronco y repercute. El indio sopla el *pututu* para convocar a los camaradas que deben concurrir al combate y durante la lucha que sostiene con el enemigo, se escucha incesante su toque. Asimismo, el *pututu*, es signo de autoridad, que lo llevan los peatones y espoliques de las postas, y los correístas indígenas, haciéndolo sonar al llegar a una altura, al aproximarse a una rancharía o al llegar de su destino. Cuando los naturales oyen ese sonido en los caminos ya saben que son aquellos los que transitan. Las contribuciones, conducen los alcaldes, ilacatas y demás mandones presididos de uno o seis individuos que desde su pueblo hasta llegar a la capital de la provincia soplan a cada paso sus bocinas de diversos tonos, a guisa de banda.

Como instrumentos de percusión, poseen la *putuca*, especie de bombo, la *huancara*, parecido al tambor, con la diferencia de que en la parte posterior o sea opuesta a la destinada a recibir los golpes lleva una hilera de cañitas de paja, o varillas delgadas una con otras por medio de un hilo forman una faja que la colocan diagonalmente sobre la piel estirada del tambor, de modo que cuando se toque produzca cierto chirrido que se nota juntamente con el sonido principal, y el tamboril, que es una caja cilíndrica más pequeña que la anterior.

Todos los instrumentos musicales descritos, exceptuando la *tarkka* y los de percusión, fabrican los colonos de la hacienda Hualata en la provincia Omasuyos de La Paz. Los artífices y comerciantes a la vez se instalan con sus mercaderías y taller en las encrucijadas de los caminos y en las salidas de los pueblos y hacen el tráfico al aire libre.

Los aborígenes están habituándose al uso de los instrumentos de cuerda; sobre todo, dan preferencia al guitarrillo, vulgarmente conocido de *charango*. Se les ve cruzar los caminos punteando tonos en ese aparato, y en sus mismas fiestas no faltan diestros rasgadores de cuerdas; pero el indio baila muy poco al son del *charango*, y con mucho desacierto.

La música empleada por los indios para la danza no pasa de un número limitado de notas, que se insisten y vuelven a repetirse, aburridoras e inflexibles como el incesante batir de la lluvia en terreno fangoso. La música y la danza son inseparables en el mismo actor; el indio baila tocando la *qqena* o zampoña todo el día, sin cansarse. Su fortaleza es inmensa para soportar semejante ejercicio, propio de sus vigorosos pulmones. El oriundo de la costa o de territorios de poca elevación sobre el nivel del mar, se fatiga inmediatamente cuando quiere parangonarse con el indio en aquellos ejercicios; lo propio sucede con los blancos que habitan las regiones del altiplano. Y es mayor la admiración que se experimenta por el regnicola, viéndolo ascender bailando cuestas y caminos empinados, cual si transitara por vías llanas y cómodas.

La música guerra de los naturales es bronca y de cortos compases. Ellos experimentan una gran excitación emocional con sonidos estrepitosos, semejantes al trueno o al mugido de las olas. Prefieren por esta razón el *pututu*, esa trompeta salvaje, cuyos ecos rudos los anima y

entusiasmo tanto, que en los combates se hacen matar inconscientemente por atrevidos y temerarios en afrontar el peligro. El indio se aturde y embriaga de valor, con el ruido del *pututu*.

Poseen también algunos cantos bélicos. En Amarete, excomunidad del cantón Charazani en la provincia Muñecas, del Departamento de La Paz, escuchamos a los indios bailarines entonar las siguientes letras:

*El Inca ha muerto
hermano
Vamos a vengarlo
hermano.
Que corra la sangre
hermano
De sus asesinos
hermano.*

Al repetirlo se ponían furiosos, notándose en el aspecto de los danzantes el ardor y entusiasmo por la lucha.

Por regla general, indios o mestizos gustan siempre de la música que contenga sonidos quejumbrosos; buscan lo triste, lo lúgubre, porque el deseo vehemente, que persiguen parece que no fuera sino llorar. La música común de estos factores étnicos se reduce en último término a ser una queja expresada con mucha amargura. “En ella, dice un escritor anónimo, domina una melancólica monotonía que nace de una vaga tonalidad y de su constante terminación en notas bajas”. En vez de dar vuelo a la fantasía nos arrastra a la realidad más descarnada, nos desalienta y estrecha el horizonte de los sueños vaporosos y fantásticos que suele forjarse el espíritu escuchando las armonías de un instrumento. Cuando se la oye, se piensa indistintamente en el indio.

Particularmente en los campos o breñas desiertas o en el silencio de la noche, esos acentos de tornan en verdaderos ecos de una angustia infinita y sin nombre; entonces, la música esa tiene un aterrador fondo de tristeza: sus notas, por lo lúgubres, producen en el alma de quien las oye deseos incesantes e inefables, y se enhumedecen los ojos. Los habitantes del altiplano, en su música “revelan las amarguras de una herencia de sangre malograda, el cansancio inconsciente de una larguísima jornada hecha por ignorados antepasados, la melancolía propia de seres inculpables de su infortunio y que, sin embargo traen por una ley inexorable de la naturaleza, responsabilidad que cancelan con lágrimas y sollozos”.

Esa música es el brote de los sufrimientos del indio, resultado de la dura servidumbre a la que se halla sometido desde hace varios siglos. Las razas oprimidas son así, no hacen sino gemir en vano y transmitir la enfermedad que las aqueja a los individuos que de ellas proceden o contagiarla a los que mantienen con ellas relaciones estrechas.

Cuando los instrumentos indígenas son ejecutados por personas hábiles para combinar tonos diversos o saben expresar en notas intensas las afecciones del corazón, la música se hace más conmovedora, que al escucharla se puede exclamar, con un poeta español:

“Las sombras de cien siglos sollozan con la *qqena*”.

--- 0 ---

FERNANDO DIEZ DE MEDINA



TEMPESTAD PETRIFICADA

“La naturaleza es el gran espejo mágico, donde toca la creación se refleja clara y pura”

NOVALIS

* *

LA NATURALEZA, artista superior, anima el infinito movimiento de las formas. En todos los caminos arde un sentido constructor. Bajo la superficie de los elementos constituídos, late invariablemente el “pathos” dramático de los fenómenos.

Contemplarla es sencillo; laborioso comprenderla. Entre ambas actitudes media la necesaria distancia que rige las leyes de la visión exterior y la visión intelectual.

En la estética del paisaje hay un misterio recóndito, una íntima estructura que da el tono de la ciudad; pero como el paisaje se da fácilmente en extensión y difícilmente en profundidad, es frecuente que el espectador se detenga sobre el límite de las líneas sin alcanzar su sentido.

Todas las ciudades se asemejan en sus elementos formativos: tierra, mar, aire, cielos, montañas, planicie, colinas, ríos e innumerables manifestaciones telúricas. Mas en cada caso, elementos esenciales y accidentes secundarios se combinan en distinta manera, asumen diferentes proporciones, creando así el carácter particular de cada cual.

Ciudades, como los niños, que se dan sólo al influjo del amoroso requerimiento.

Al cruzar Paul Morand los senderos del mundo, ebrio de novedad y de exotismo, atento el oído no al mensaje de las cosas, sino a una suerte de narcicismo literario que se recrea en el contorno para entretener a halagar la imaginación, las ciudades se ocultan hurañamente detrás del humo de sus fábricas o bajo el tapiz telúrico de sus campos.

Así se explica que de su fugaz y habitual correría por el planeta, sólo nos dé algunas frases pueriles sobre Tokio, demostrando una vez más que su percepción, a quien sólo interesa al estudio del esqueleto humano. Se diría de este peregrino movido por el vértigo diabólico de la época, que no ha conocido jamás la tibia piel rosada del paisaje; ni ha palpado la carnación florida de las ciudades del mundo; ni ha sorprendido,- por ejemplo – el misterioso encantamiento de la sagrada Benarés, los reflejos dorados de Florencia, o aquella suave sonrisa con que Río de Janeiro asoma sobre la boca dura del Atlántico impetuoso.

Cuando el hombre aprende a caminar entre el universo multiforme de materiales y relaciones que le ofrece el paisaje; si detrás del afán de observar hay una voluntad de comprender;

y todavía más en lo hondo nace el deseo de expresar el juego alado de los sentimiento, el mundo del contorno se abre generosamente a la incitación del romero afanado que lo invade.

Será Loti con sus mágicas visiones de Stambul, del Cairo y de Luxor. Lafcadio Hearn y el delicado paisaje de las ciudades niponas. Gómez Carrillo en la diáfana evocación de Atenas, de Damasco y de Nikkó. Nicolás o el Asia ignota y milenaria. Runkin en Venecia. Schuré en Jerusalén. Los Tharaud en Arabia. En todos ellos, el hombre sensible llega a una máxima capacidad de conocimiento en el contacto con el panorama visible; y sus reminiscencias persuaden al lector, porque en vez de simples versiones del cosmorama inanimado, sus libros son remansos serenísimos donde se copian las profundas sugerencias del paisaje, en los cuales basta soplar levemente para poner en movimiento las figuras e infundirles un hálito de vida.

Ciudades y paisajes son lo que el hombre quiere que sean. En esta íntima correspondencia del espíritu vigilante con la materia dormida en apariencia, reside el secreto del encanto de las cosas.

A tres mis seiscientos metros sobre el mar, ceñida por un circo de montañas y recostada en la inmensa cavidad de la sierra andina, La Paz brota antes el estupor de los ojos viajeros que la ven surgir en el trágico escenario de la altiplanicie, bajo la ceja rota del monte pavoroso, mientras la convulsión colérica del paisaje abre el encantamiento de sus perspectivas en el vitral azul del firmamento.

Viajeros célebres dijeron algunas frases ingeniosas sobre La Paz, ciudad exótica, de extraña conformación topográfica, que tuvo para ellos el atractivo de romper la planimetría de las poblaciones costaneras o el cansado ritmo de las metrópolis mundiales, que sólo cifran en progresos urbanos la estética citadina.

Es posible que les recordase ciertas aldeas del Tirol, enclavadas en el fondo del valle acogedor; o que hubiesen encontrado cierta analogía con algunos parajes asimétricos del Tibet; o bien que hubiese herido sinceramente su emotividad de cazadores de paisajes. Lo evidente es que de ellos, como de la generalidad de huéspedes que la visitan, La Paz sólo ha obtenido ese vago prestigio de comarca singular, que atrae como espectáculo para modificar la rutina cotidiana.

Con criterio que oscila entre lo pueril y lo divertido, los viajeros de nuestro tiempo, que se van antes de haber concluido de llegar, sólo captan las categorías de novedad del país que visitan, en una curiosa estética de juguetería que consiste en referir lo entretenido, lo ameno y lo exótico de una región, sin otro afán que proporcionar instantes de solaz a los compradores de sus libros.

A las ciudades hay que saber mirarlas. Debiera entrarse a ellas por todos sus costados y por un mismo sitio en distintas horas, como sugería ese viajero empedernid que es César Vallejo; buscando su fisonomía en la combinación del tiempo con los fenómenos físicos. Sólo así se habría de obtener un conocimiento aproximado de sus posibilidades naturales. Recelosa y huraña, la ciudad rechaza al intruso sediento de exotismo, al snob del paisaje, atento únicamente a la fruslería del hallazgo.

La personalidad de las ciudades, esa presencia inasible que se intuye sin definir, busca diferentes categorías para expresarse. Tan pronto reside en la fermentación orgánica de los núcleos fabriles, de los estuarios comerciales, de las gigantescas y aglutinantes edificaciones, de las arterias cosmopolitas, como se manifiesta con igual esplendor en el escenario de las fuerzas naturales: montaña, mar, llanura o serranía.

La muestra hay que buscarla en la interpretación estética del paisaje. Frenética sugerencia de la sierra, trabada por las líneas y las formas, sustentadas por el raro equilibrio de los planos y de los contrastes, que es más que el mar movible o la infinita pampa.

Un hombre avanza por los senderos endurecidos del altiplano. La superficie de las altas mesetas se alarga indefinidamente en el espacio. Sobre la línea distante de los confines se alza el perfil sinuoso de los cerros. Altas cimas nevadas. Soberbias cúspides rocosas. Y al fondo del paisaje, como un Dios imponente de fuerza y de belleza, fulgura el Illimani.

¡Qué extraña es esta tierra! Distancias interminables y sin embargo todo parece próximo. Se diría que se funden las perspectivas y se acercan los contornos de las cosas. El aire tiene lúcidas transparencias, la línea es diáfana, desnudos los perfiles. Viene la lejanía presurosa hacia los ojos. La composición pictórica del panorama tiene la limpidez de un paisaje del Perugino. Es el detalle quien lo anima; el conjunto parece inabarcable.

Estallan los colores en permanentes radiaciones. Aquí la vida es un grito apasionado que resuena en la forma, en el color, en el matiz, en los senos ilimitados del aire. No hay rincones difusos ni cuerpos hundidos en la sombra. Todo "es"; todo habla con ese lenguaje decisivo y exacto que las fuerzas naturales tienen para fijar su esplendor. No hay palabras, colores ni sonidos para expresar el mundo maravilloso del cosmos andino. Siempre será necedad insigne que el hombre, hijo de la naturaleza, pretenda superarla.

El caminante sigue su marcha en continuado asombro. Bajo el cielo infinito que decoran las nubes tumultuosas, junto a la impasible compañía de los cerros nevados que lentamente giran sus torsos de mármol, avanza por la desolación del yermo altiplánico, mientras el viento cimbra sus látigos agudos sobre el pajonal.

De pronto una vasta agitación parece conmover las cimas que tiene ante sus ojos. Ya no son sólo cúspides las que contempla; el fondo de la cordillera se aproxima a la visión, que comienza a descender desde los vértices erguidos para trabar conocimiento con las masas inferiores de las montañas. Y luego, bruscamente, antes que la magnífica sorpresa de la ciudad hundida en el fondo de la tierra, la tremenda sensación del vacío que se abre sobre el filo de la roca. La presencia repentina del espacio que cierra el cosmos altiplánico y descubre las zonas prometeicas de la hoya paceña.

Pasaron muchas horas, semanas, largos meses de silenciosa observación para que el hombre sienta la emoción sagrada y primitiva de la sierra paceña, donde parece resonar el acento iracundo de las grandes frases bíblicas que fraguaron el génesis.

Observando la potencia extraordinaria del panorama, se admite el antropomorfismo del aborigen, antiguo adorador de la montaña, que antes de alzar su religión al sol, rindió sentido homenaje de sumisión a la fuerza imponderable de las grandes cordilleras, en cuyas líneas desmesuradas creía ver la manifestación de lo divino. Así en la mitología apenas presentada del paisaje "Cunti", la montaña encarnó la primera divinidad en la adoración ascendente de las fuerzas naturales.

Hollará muchas veces el viajero las sienas de los cerros. Recibirá las hondas sugerencias del medio andino. Acercará su espíritu a la naturaleza en decidido afán de comprender.

Alguna vez, al extasiarse en la inmóvil contemplación de este paisaje desgarrado, multiforme, cuyo dramatismo en potencia educa enérgicamente la voluntad creadora, pensará que en la sierra paceña habría hallado Wagner el fondo natural para los dioses que engendró su música de la grandeza incomprensible y la ambición desesperada; y que otro germano, Nietzsche, habría apaciguado su soledad inconmovible en el aire puro de nuestros montes, aire de las alturas nobles y tonificantes, que el progenitor de Zaratustra requería para vigorizar el cuerpo, serenar el alma y depurar la terrible atmósfera de sus demoledoras concepciones críticas.

Cuando la frecuentación haya precipitado el fácil discernimiento y la voluntad de comprender rompa los límites de la apariencia; cuando el velo de Maya esté a punto de rasgarse

por la tensión del esfuerzo, el hombre encontrará la verdad del paisaje con la segura intuición de su fe.

¿Por qué ese laberinto de formas telúricas que se yergue en ímpetus triunfales?

Si Dios afirmó la vida en la ley del contraste he aquí su demostración. Cada línea tiene un sentido. Cada forma aprisiona una energía. El mundo de las relaciones, que amaba Novalis, rige este paisaje ceñido por un circo de montañas. Todo lo que asciende es un mensaje. Todo lo que asciende es un mensaje. Todo persuade a la creación. La magia de la inventiva estética reposa en la tremenda plasticidad de este extraño desorden, donde las fuerzas naturales surgen con la violencia belleza de lo imprevisto. Lo imprevisto, es decir el sentido último de la singular comarca andina, cuyo espíritu aflora siempre en enérgicos trazos visibles para insinuar la invisible voluntad que le dio forma y estructura.

Mas nada de ello basta. Hay algo que el romero apasionado siente en torno a sí furtivamente. Algo que vive en la atmósfera; en el espacio sin linde que acrecen los senos de la tierra cóncava y distinta; en las tortuosidades de la roca; en las crispadas cimas; en los huracanes que duermen en los flancos de los cerros, en las airadas cumbres que hieren a los cielos con agresiva voluntad.

¿Cuál es el misterio cósmico en esta poderosa e irregular arquitectura? ¿Por qué esta dramática presencia de algo que se intuye sin ver?

Un día en que el solitario visitante encaramado en la ceja rota de la montaña contemple el delirio de las formas, a la hora en que el sol disputa con la sombra el dominio de los cuerpos; cuando madure el presentimiento confuso de las contemplaciones que ya fueron; y mientras el pasmo del grito se hunda en el fondo del ser, saltará elásticamente la revelación.

-¿Quién eres tú, tremendo poderío de las formas?

-¿Quién eres tú, sagrada voluntad erguida de la tierra?

-¿Quién eres tú, fuerza maravillosa que anima el encendido ardor de este paisaje?

Entonces cundirá un vasto júbilo por la sangre tumultuosa de la montaña, apaciguando sus cóleras reconcentradas; será la luz más viva en los duros perfiles de la roca; y desde el honor de la tierra conmovida se elevará la voz de Wirakocha, padre legendario del Ande.

-Caminante: duerme aquí un prolongado sueño la fuerza inenarrable de las potencias naturales. Contemplas una tempestad petrificada. Por eso te asedia la dramática cercanía de su fuego creador y el impulso retenido acecha desde la esencia íntima del paisaje. Dinámica prodigiosa de la tierra, que la naturaleza detuvo en la hora culminante del proceso creador. La Paz es una tempestad petrificada, erguida sobre un haz de convulsiones secretas, donde resuena el soberbio clamor de los contrastes. Jamás supo el hombre cuándo se detuvo este mundo inanimado de energías. Nunca sabrá el instante en que reanude su movimiento inexorable. La fuerza detenida de hoy anuncia la segura irrupción futura. Pero activa o extática, el Alma del Ande es esa potencia dominante que repercute desde siempre en la estupefacta inteligencia humana, porque la anima el doble viento pánico del Apolo y de Dionisos, forma y fuerza que exaltan los delirantes juegos de la vida.

Callará Wirakocha, padre legendario del Ande, y la revelación invadirá con esa furtiva bondad final con que la naturaleza se aproxima al hombre, cuando quiere identificarlo con la tierra, cuna y sepultura del ser.

HUMBERTO PALZA S.



EL HOMBRE BOLIVIANO

(UNA CARA DE LA MEDALLA)

UNA CARA de la medalla, porque la otra tendría que contener la descripción del indio y entre ambas hacer el conjunto de ella. Cada cara tendría derecho a ser tomada como la medalla, pero nada más que una mitad. El símil es bien exacto para explicar la relación y compenetración de ambos elementos en la totalidad del hombre boliviano. Cada uno puede ser independientemente considerado, más sin perder de vista que se tiene en las manos la medalla en conjunto.

En este capítulo sólo se ha de mirar desde la cara blanca-mestiza. Habría deseo y voluntad para hacer de él un libro entero. Materia no falta. Pero aquí sólo se ha de consignarlo en cuanto pueda articular con la tesis general de estas páginas y en cuanto pueda representar un caso particular dentro de la América, merecedor, en verdad, de especial mención. No en vano se ha dicho que Bolivia es la América en trasunto, por su variedad geográfica, por su antigüedad tradicional, por su puro y legítimo autoctonismo y, sobre todo, por su extraño y enorme espíritu; circunstancias son todas estas que contribuyen a darle un carácter único cuya observación, siquiera sea de pasada, completará la visión continental. Condiciones de raza, de historia y sobre todo las de una constante injusticia internacional, han servido para conservar allí un alma pura en heroica actitud de resistencia y superación que sería la epopeya más grande a contarse si no hubiera ya la de Prometeo encadenado a la montaña. Bien hará, pues, quien dirija sus pasos a Bolivia si en verdad tiene un sincero deseo de saber a qué ha de llamarse el autoctonismo en la América del Sur.

La vida boliviana servirá para constatar el caso de un alma quebrada, que es la de toda América India, y que en Bolivia tiene toda su desolada realidad. Que esto no sea interpretado como el afán de acudir a conmovedoras frases tan en boga hoy como resonancia de la literatura sobre la "decadencia". En primer lugar, a la América es a la que menos alcanza la decadencia y, en segundo lugar, quítese todas las frases más o menos literarias que se destine a la situación actual de la América Indo-latina y quedará una verdad visible para el menos avisado: la de que la América no es todavía una vida en plenitud de sentido – de sentido para consigo misma, que es decir de sinceridad para su más "íntima intimidad". Ya se ha hablado bastante de esto. Ningún orgullo indigenista ni ningún augurador de bellos porvenires estará en contradicción con lo dicho; más bien, son los primeros en proclamarlo y es del último de esos escritores de quien aquí se lo toma.

Esta gigante lucha del espíritu por encontrar forma y expresión es la que en Bolivia tiene su más honda peculiaridad. Y de esto no se está haciendo ningún orgullo nacionalista ni ninguna superioridad; es, por el contrario, el contraste más serio en su desenvolvimiento. No se quiere hacer del problema espiritual boliviano ninguna torre de marfil y menos tema para metafísicas de segunda mano. Muy serio es lo que ocurre a ese pueblo como problema para su vinculación con el

resto del mundo, para hacer de ello tema de deportes literario. En todo caso, si su importancia no queda bien planteada, culpa será del planteador, nunca del caso en sí.

La vida boliviana es bien extraña; verla desde afuera causa desazón y angustia. Seguramente este sentimiento no alcanza al extranjero, acostumbrado a verla como otra de las tantas nacionalidades, munida de sus respectivos atributos de soberanía, de un fuerte porcentaje de población indígena, de donde no es difícil deducir un cierto estado de atraso, sobre todo si el juicio sale de Europa o Norteamérica. Si es este último el juzgador, se sabrá, además, que es uno de los países más grandes productores de estaño, que se explota allá, en vertiginosas alturas, donde la vida es un prodigio y donde, por consiguiente, hay que dudar sean muchos los recursos de confort moderno. Todo esto sin contar todavía lo de las revoluciones, juicio común de Norteamérica para todos los países latinos.

Tal aproximadamente la idea de Bolivia, en globo. En Sudamérica se suele estar mejor informado acerca de ella. Bien es cierto que aquí se suele estar bien informado de todo, mejor que lo que los otros lo están de Sudamérica. Pero ni uno ni otros sabrán del sentimiento que causa al propio boliviano el ver la vida de su mundo desde la distancia. Es vida que impresiona por esta curiosa particularidad: la de una rueda que en la máquina se ha puesto a girar por su exclusiva cuenta y riesgo; una vida como un poco puesta al margen y de espaldas a todo lo demás. No es que el sentido de su movimiento vaya a la inversa del resto de la máquina, lo cual pudiera decir retrogradación o estancamiento. No; es que se trata simplemente de un movimiento distinto, como un compás que el conjunto se ha puesto a marcar diverso tiempo, como una melodía con distinto ritmo.

Todos conocen sin duda al hombre que lleva una gran preocupación por dentro y, mejor todavía, al empedernido soñador. Este, aparentemente, se conduce como las demás gentes, pero a poco que se lo examina atentamente se podrá comprobar que sus ojos miran a una realidad más distante, que su voz hace eco a otra clase de palabras que las dichas y que su actitud, el sentido de su vida, más bien, discurre por una línea distinta que la presente.

Tal la imagen un poco retóricamente dicha de Bolivia como nación, traducida luego en la actitud individual del boliviano y que lo hace aparecer tan típico e inconfundible en el grupo extranjero.

Si a todo esto se pregunta ahora: ¿Y cuál la tan honda preocupación del boliviano? ¿Cuál él contenido de su alucinado ensueño?, se llega a la conclusión de que las preguntas vienen bien inesperadas para el caso. Sólo haciéndolas es que se cae en cuenta de que el dicho "preocupado" o soñador no tiene preocupación o ensueño algunos. Ninguno por lo menos que sea alguna cosa presente, tangible, objetiva, o siquiera idealmente asequible, como fuese una fe religiosa, una empresa filantrópica, una pasión misionera, es decir, los casos del cuáquero inflexible, del hindú alucinado, del sefardita reminiscente. Este otro, el del boliviano, es, exactamente, el del soñador sin ensueño, con el alma en otro sitio, con el alma desarticulada de todo lo presente.

Lo más fácil de deducir de esta situación es que se trata de una vida o de un alma excesivamente centrada sobre sí, con los ojos completamente vueltos sobre su propia persona. Ello es en gran parte cierto, pero no precisamente por egoísmo, distíngase bien. Se ha dicho de Norteamérica en otro capítulo y ahora puede ampliarse a México, que son países fuertemente centradas en sí, de donde se sigue, sin embargo, importantes ventajas para ellos. Con respecto al primero, eso es absolutamente cierto, sólo que allí una introversión – esta sí lindante con el egoísmo – que actúa en un espíritu de gran dinamismo se resuelve en un crecimiento interior extraordinario. Se es egoísta por crecer y para crecer. El caso de México es más parecido al de Bolivia – para algo han de tener ambos tan poderoso ascendiente indígena, - pero allí una larga preocupación revolucionaria con cauce más o menos hallado, hacen que resulte provechosa y útil. El caso de Bolivia frente a los dos es el de la contemplación pura. Mentalidad impráctica por excelencia, parece que nada logrará sacarla de su ensimismamiento así se le procure la mayor preocupación material; vida, en fin, con la vista vuelta hacia otra cosa - ¿el pasado?, ¿el alma

oscura de su ancestro? – y que le atrae con atracción incontestable. Pero aquí está lo curioso: no es una atracción de la que se haya hecho consciente o, más bien, que la haya sustituido con otra clase de objetos. Es, pues, el soñador al cual se le ha quitado el contenido de su ensueño para llenarlo con preocupaciones de la modernidad a que aspira por otro lado. He aquí el punto crucial del problema espiritual boliviano del cual se derivan acaso todos los demás, haciendo eco en la vida individual y más que todo en su vida de relación internacional. Es pues, ciertamente, un alma partida en dos mitades.

Pero mirando las cosas por su mejor lado, todo esto crea para el alma boliviana una cualidad muy valiosa: su gran tensión anímica. El conflicto de su alma la mantiene en aguda y constante vibración, virtud que no es nada despreciable si se la sabe encauzar.

En esta misma situación espiritual se origina seguramente no poco de su falta de progreso material y mucho más de sus continuas desgracias internacionales, a las que luego se le buscará justificativos diplomáticos y jurídicos. Estos, descontadas las razones formales de que puedan estar asistidos - razones de derecho, de código, de tratado, - que siempre han solido estar de parte de Bolivia – esto es lo cruelmente paradójico, - nunca llegarán a explicar causas que estaban de antemano en el espíritu discrepante consigo mismo, mejor dicho con una realidad o un presente de que no es agente causador, antes bien, las cosas “le suceden”, ajenamente, al margen de los que ella había previsto no tanto impráctica como irrealmente. En verdad, bien pocas cosas debe haber en que Bolivia *haya hecho suceder* conforme a los designio de su interés; todas le han *sucedido a ella* inevitablemente.

Pudiere nombrarse en este lugar, pensando en Nietzsche y en Max Scheler, el “resentimiento” y también el “retiro” de que habla Alfred Adler; del hombre que no habiendo conseguido de la vida todas las satisfacciones a que se creía acreedor o no encontrando en ella eco a sus aspiraciones, orgullosamente “se retira”. Mucho de esto ha habido tal vez en Bolivia cuando agobiada por el aislamiento geográfico a que las injusticias internacionales la condenaron, ella los agravó en su espíritu. Parece que la actitud contraria era la indicada, actitud ofensiva – no en su sentido bélico, bien se comprende – sino en aquel de ir forzosamente hacia una realidad muy dura en que la sumía ese atropello internacional que, siendo en verdad un accidente en su evolución histórica sujeto a rectificación – todos los pueblos corren las contingencias de sufrir los más duros avatares, - ella hizo raíz vital de una conducta, de una conducta *resentida*. Se está bien lejos de sugerir la idea de que debió haberse conformado, es decir, como si no hubiese ocurrido cosa alguna; lo malo estuvo, precisamente, en que se “conformó” espiritualmente a una realidad que el comenzó a vivir como definitiva, con la gravedad de un destino aciago e inmodificable. La sentencia del profeta habría sido la cabal para esa situación: Si la montaña no viene a ti, deber ir hacia la montaña. Bolivia prefirió darle las espaldas a la montaña, con los que no salió perdiendo la montaña, seguramente.

A todo esto estaba de antemano espiritualmente predispuesta, como se dijo, por un espíritu que no halla plenitud porque se halla crucificado entre dos mundos, soldar los cuales en una unidad presente es sin duda el menester más perentorio que tiene como nación y pueblo. Está por un lado, el mundo de la tradición, de la cultura autóctona, del indigenismo, en fin, todo lo cual es, además de irrenunciable, lo más valioso con que se cuenta, y de otro, está la modernidad, con sus máquinas y su técnica, que tampoco es despreciable, a menos de querer seguir viviendo inacablemente el autoctonismo, tesis insostenible. Lo contrario es, precisamente, lo que con ardor se propugna: incorporar todo ese mundo de la modernidad a fin de imbuirle el alma vernácula y así hacer surgir ésta a una nueva vida sin merma de sus valiosas cualidades originadas. Tesis exacta ésta que ya va practicando Bolivia como todos los países de abundante porcentaje indígena; se la lleva adelante con sincero entusiasmo y fervor, pese a los tropiezos, magulladuras, remiendos. De un defecto parece, sin embargo, adolecer el sistema. Es el de perder siempre de vista al hombre real y concreto. So pretexto de “interpretaciones” sociológico-históricas o culturales y artísticas, suele ser más romántico emprender el viaje hacia el fondo de los siglos para volver desde ellos con un hombre un poco distinto al viviente. Esto, además de romántico, es menos comprometido. En

efecto, sobre esta sombra de hombre se puede formular toda clase de afirmaciones, mientras que el otro, el de carne y hueso, protesta, se rebela contra los juicios que sobre él se dictan.

Ocurre pensar que Bolivia no ha planteado todavía el tema de su hombre propio. Claro que no se trata de poner en duda su existencia. Pero se trata de que se aprenda a pensar esa existencia. Pero se trata de que se aprenda a pensar esa existencia. Asiste el temor de que al escuchar esto se vaya a interpretarlo como puro malabarismo de palabras. Pero no se creará lo mismo si se sabe que los creyentes piensan en su Dios; aquellos que sin dudar punto en la existencia de él sienten, sin embargo, la necesidad de *pensarlo*. Ellos saben que *pensando* a su Dios lo van *creando* cotidianamente. Conocen la virtud creativa del pensamiento. Bolivia parece que debiera comenzar a pensar a sí en un hombre suyo, apropiándose con el pensamiento y no simplemente contemplando en sus manos aquel que el sino histórico o la raza o quien quiera que se lo haya entregado.

Se ha dicho que la vida boliviana y por consiguiente el hombre que la sostiene, transcurre con los ojos demasiado vueltos sobre sí. Parece que esta debiera ser la condición exacta para el conocimiento y la posesión del hombre. Sin embargo, el hecho parece conspirar, en Bolivia, en sentido absolutamente contrario. La razón de ello acaso habría que pedirla a aquella filosofía del conocimiento en la parte donde deja entender que la conciencia del yo-hombre brota de su contraposición con el no-yo de los demás. Aquella necesita de ésta, para fundar su propia afirmación, como la luz necesita de la sombra.

El hombre boliviano, al vivir en desconexión con lo ajeno a él, se conoce imperfectamente. El mundo en que vive poco menos que enclaustrado, le resulta un fondo demasiado afín para contrastarse. De ahí la falta de perspectiva de que parece adolecer la vida boliviana. Vida sin proyección hacia afuera, desenvolviéndose en círculo vicioso consigo misma y con un mundo que está en tan grande cercanía que llega a producirse la confusión entre mundo y yo, espejo e imagen. Su mundo inmediato viene a tomarlo como *todo el mundo*. Alma también que se autofagia, que ve exclusivamente de sí.

Bien se comprenderá que en toda esta caracterización no hay desmedro alguno para el hombre boliviano; habría, en todo caso, para el que le proporcionó su encierro y para quienes impasiblemente lo contemplan. Se ha dicho, por el contrario, que esta situación le condiciona en una vida de gran tensión espiritual y ahora puede añadirse de gran desarrollo de sus cualidades mentales. Pero es otro el tema de este lugar. Un hombre puede ser muy inteligente viviendo entre las cuatro paredes de una prisión situada en lo alto de un castillo. Sus pensamientos podrán ser todo lo vigorosos y profundos que se quiera, pero la perspectiva de la distancia le habrá creado una visión que se aviene mal con la realidad de los campos que le rodean. Cuestión de perspectiva y no de vigor de pensamiento. Por el contrario, el caso del hombre boliviano es particular en su desarrollo y agudeza mentales por el mismo esfuerzo que debe desarrollar para estar al nivel de un movimiento cultural mundial del cual, no obstante, se halla desarticulado por falta de vitales órganos de contacto. Su cultura no tiene mucho que envidiar a los demás en este orden; hay placer y orgullo en constatarlo. Pero cuando piensa robustamente como sabe hacerlo, piensa siempre vuelto sobre sí, no se esfuerza siquiera en sacar su pensamiento hacia afuera, perspectiva que casi no hace entrar en su cuadro mental.

El ser inteligente no quiere decir siempre una conducta inteligente. Urge entender la aparente contradicción. Una conducta inteligente es aquella que se acomoda o adapta a las situaciones exteriores para sacar de ellas mayor provecho o utilidad. El hombre boliviano, demasiado vuelto sobre sí, sobre propia intimidad, es, consiguientemente, reacio para encajar en las situaciones nuevas o extrañas a su hábito, modalidad o temperamento. Excesiva rigidez la suya, falta de flexibilidad y de "mundanidad", podría decirse en un particular sentido. Ello lo crea, entre quienes le observan, el juicio de hurañez y desconfianza cuando no el de orgullosa sobreestimación. Nada más lejos esto último de la verdad anímica del boliviano, tímido e indeciso, por el contrario, y en quien se cumple con más fuerza el tan traído y llevado "complejo de inferioridad".

El hombre boliviano repite en su vida espiritual la actitud como nación y la repite punto por punto. Cada alma boliviana es también un mundo herméticamente cerrado y la empresa más dura a proponerle sería sin duda una que consistiese en salir fuera de su trinchera personal. Huelgan los calificativos morales para este hecho, que es el método preferido de sus airados fustigadores. Es un alma originaria y estructuralmente replegada y encogida. Para curar su vicio de formación no han de ser seguramente lo mejor las amargas catilinarias, tono literario tan fácil de manejar. Al músculo anquilosado por la ausencia de movimiento no se le golpea desde afuera; se le busca motivos de acción mediante los cuales se acostumbra a actuar sobre una realidad que le resiste; en otras palabras, se le coordina con el mundo circundante.

Que lo típico de la vida espiritual boliviana no sea el espíritu de solidaridad es tal vez muy cierto, o por lo menos, lo que con más facilidad olvida. Es de dudar que en Bolivia tengan mucho éxito los estilos de "fraternidad", sociedades o agrupaciones cuyo objeto primordial sea la conjugación de almas o atracciones selectivas sin fin ulterior de política, arte o ciencia. La sociabilidad boliviana – entiéndaselo en su acepción sociológica más amplia – no está tanto fundada en la trama íntima de almas personales vigorosamente ensambladas desde adentro; está más bien fundada en reunión externa de átomos que coinciden en finalidades últimas pero que conservan su radical individualización. Ello tiene consecuencias importantes en la constitución de grupos secundarios – partidos políticos, agrupaciones o formaciones artísticas, científicas, profesionales o de otro orden – efímeros en su duración, inestables en su estructura esencial. El asociado, miembro o componente, nunca aportará más elemento que una voluntad formal externa (convencional social, la cortesía o el "qué dirán") o también una coacción moral o material (los reglamentos, deberes y compromisos dictados para el régimen del grupo) o acaso, por último, determinados intereses o provechos sociales (el prestigio que da pertenecer al grupo o las utilidades materiales y privilegios que suele ofrecer toda sociedad, objetos éstos que, en realidad, son consecuencia secundaria con respecto al ser en sí de la voluntad social); el hombre boliviano nunca se ligará más allá de estas formas las más externas; quedará siempre con los más fuertes de su personalidad fuera del orden de la asociación, perteneciéndose a sí mismo por sobre todo, ajeno, en fin, a la esencia del espíritu social. La asociabilidad boliviana explicada desde este prisma no es tanto anárquica; por el contrario, el espíritu boliviano es sumiso y maleable, aunque no disciplinado, con disciplina interior. La sociabilidad boliviana es más que todo crudamente individualista. El hombre boliviano preferirá sobre todo vivir consigo mismo y sólo después con los demás. Es su alma, verdaderamente, un pequeño mundo concluido en sí que transportará por todos sitios afanoso y hasta orgulloso de mantenerlo impenetrable.

Que este sea un problema espiritual no hay que dudarlo, aunque no susceptible, ya se ha dicho, de reacciones a simples procedimientos verbales, prédica desde la tribuna o el artículo. Sin perjuicio de todo ello, una educación largamente sostenida sería acaso lo previo, pero sobre todo la creación de una voluntad colectiva orientada hacia afuera, destinada a organizar una vida un poco más sobre la superficie. Se perderá tal vez el mérito de una rica vida interior, pero parece estar ya bien probado que si esta clase de vida es la condición para fomentar robustas personalidades, en cambio, ellas no suelen dar lo mejor de su ser para una vida de mejor condición. Parece no tener duda la respuesta a la disyuntiva: ¿Qué será mejor tener, por el momento, personalidades demasiado robustas pero poco trabadas entre sí o, por el contrario, personalidades mejor coordinadas unas con otras aunque no tan abismáticamente profundas – y esto sin contar con que la robustez de la personalidad no ha de consistir siempre en cerrarse sobre sí? ¿Qué será mejor, una vida nacional de más riqueza en su contenido colectivo y en sus productos, por consiguiente, que una vida atomizada en vigorosas personalidades negativas por su aislada profundidad cuando no en destructivo antagonismo y anarquía personalistas? ¿Qué será mejor para una sociedad a la que múltiples problemas raciales, económicos, políticos, internacionales le fuerzan procurarse antes que nada una trama social básica y coherente, de sentido extensivo y exterior en esta su etapa de formación?

Pero no se trata aquí de diseñar una psicología del hombre boliviano. Se está más bien en la necesidad de que Bolivia piense a su hombre. Pero esto de pensarse importa muchas cosas, es

decir, muchos modos de *pensarse*, algunos de los cuales pudieran tener consecuencias contrarias a lo que se persigue. Pudieran conducir a un egotismo misántropo o a una concepción aislante del hombre. Por consiguiente, lo primero que habría que hacer es pensarse como parte indivisible del conjunto indoamericano, crear sentimientos de capacidad para influir y modificar las situaciones que le sean adversas dentro de ese conjunto. Pero es más: su pensamiento puede tomar una trayectoria más inmediata, práctica y concreta. Debiera comenzar a pensarse franca y resueltamente como integrante de aquellas naciones con las cuales procede de un mismo grupo cultural al que el ancestro, la historia, la geografía, todo, en fin, hasta las conveniencias materiales presentes y futuras, le atan fuertemente. No debe olvidarse que se está en pleno “ocaso de los Tratados Internacionales” firmados contra la verdad de la geografía, de la historia y sobre todo del espíritu, desarticulándolo y vareándolo como mercancía. Ya se sabe que él se venga al final con guerras y otras calamidades. El hombre boliviano, saliendo de su “resentimiento”, debiera acudir donde bien claramente le llaman. Con ello hará lo mejor para integrar su espíritu en grupos de naciones ya de antemano predeterminadas para ello y que ningún Panamericanismo podría impedirlo. La América del Sur no será más grande fomentando la atomización de sus núcleos culturales originales que luego, por virtud de las demarcaciones territoriales, resultan contraponiéndose unos a otros; la América será más grande integrando más bien esas almas dispersas y dejando que ellas busquen sus centros de gravitación con los cuales se componga y equilibre una totalidad más fuerte cuanto más fuertes sean los lados de la pirámide.

Todo esto en cuanto a la conducta de Bolivia como nación. En cuanto a la de su hombre individual, dos formas también puede adquirir el pensamiento respecto de él. Hay que pensarse estimándose y también hay que pensarse valiosamente. En estimarse está el principio de una filosofía de la dignidad humana. Estimarse parecería un juicio referido únicamente a las cualidades morales y espirituales, pero también es comprender el lado material, el plinto de la estatua, como diría Ortega y Gasset. El ascetismo y la mortificación ya se sabe que es cosa de santos y sólo de ellos.

Que no se ofenda al boliviano ni se le dice que es uno de los hombres que menos sabe estimarse, entendido en este sentido de la corporeidad. Un poco reminiscencia sin duda, del ancestro indígena hecho a la austeridad y dureza a que el mismo ambiente físico le condiciona, y otro poco de orgullo puesto en las cualidades de la “raza de bronce”, le inducen a practicar, como signo de varonilidad, la renuncia o prescindencia de las condiciones materiales de la vida, las cuales están muchas veces a punto de descender por debajo de lo humano. Hay vanidad en tratar el cuerpo con despego. Pero cosas bien distintas son la austeridad y la incuria, así como hay una línea bien larga entre la plenitud vital y el sibaritismo. Ya se ha puesto en otro capítulo, el ejemplo del pueblo norteamericano, quien, al parecer es el que mejor sabe estimarse, y se ha dicho también las consecuencias que lo contrario trae para el indolatino, haciéndolo fácil pasto de la explotación del hombre. Este desprecio por la persona física suele ir en Indoamérica acompañado, por compensación acaso, de una puntillosa dignidad y respetos humanos en cosascosas tocantes a la honra; pero sería interesante saber cómo trata a su propia persona entre las cuatro paredes de la casa aquel que fue tan solícito para cobrar agravios en el campo de honor.

Lejos se está de aconsejar al hombre boliviano esa suerte de endiosamiento y verdadero culto de la materialidad humana, con desmedro de la cara espiritual, que es el caso norteamericano. Ni tampoco se quiere el abuso del mito deportístico, que hincha el músculo pero afloja los más valiosos resortes del espíritu. En fin, se querría un hombre equilibrado muy fácil de proponer, es cierto, pero muy difícil de obtener. Sus gobernantes buscarán los medios para lograr un aproximación al ideal y habrán hecho lo mejor por su nación.

Luego de pensarse estimándose está el pensarse valiosamente, que es bien distinto a pensarse orgullosamente. De pensarse de este último modo procede esa línea tan cara a la América romántica y soñadora, aquella que le gusta enfermar de milenios y esplendores prehistóricos; mientras tanto, se venden pocas toneladas de estaño y los campos no producen patatas. Es, pues, urgente pensarse económicamente también. Valiosa y económicamente son dos aspectos de una misma cuestión en el fondo. Pensarse valiosamente en cuanto importa el deber

de rendir individualmente una utilidad y un provecho conectados con las esferas de la verdad, de la bondad, de la santidad y de la belleza; pero también económicamente, en cuanto ello significa producir realidades tangibles cuales son las de la riqueza. Y como la tierra es el primer agente productor de ésta, pensarse económicamente es pensarse en necesaria relación con el suelo, como una condición para él. De consecuencia, que el alejamiento de la tierra o la negativa de su contacto, signifique tanto como una negación de la propia existencia, así tan solidaria y necesariamente pensada con el suelo. Que el *hombre necesario* tan criticado en las lides de la política boliviana transfiera el orgullo de su necesidad a la montaña de metal, al bosque de maderas, a la *sementera en flor*, al *campo de petróleo*, como si ellos *ha tiempo que estuvieran esperando en efecto* al hombre necesario para ser riqueza y prosperidad, por ende cultura.

El Hombre boliviano que no ha tenido Edad Media ni Renacimiento, como que no sean otros que los que aprendió en los textos de la escuela, por lo menos que tenga su Humanismo. Y que no se diga que son estos tiempos de colectivismo que desterraron para siempre el culto del yo al estilo barresiano. Sería ocurrencia que los otros hayan tenido derecho a buscar su hombre y desde el logro o fracaso de esa empresa se pongan clamorosamente a predicar la negativa del mismo derecho a quienes lo buscan a su vez.

Una guerra acaba de pasar sobre Bolivia. Ocurre preguntar: ¿Y quiénes la han hecho? Hombre, hombres de carne y hueso. A qué pregonar entonces, se dirá, lo que tuvo la mejor oportunidad para el hallazgo y la afirmación de ese hombre. Pero nadie ha dicho que una guerra esté sólo en el tronar del combate; muchas más cosas hay siempre en el pavoroso silencio que se le sigue. Y en él se está precisamente. En medio de él está el hombre boliviano con la carga de problemas que su misma actitud de combatiente ha producido. Más que nunca es entonces él el primer plano y figura central del cuadro. A él acaso pudieran servirle muchas cosas que en estas páginas se han dicho. Si ya las sabía o están mal dichas, ya habrá otros que las digan mejor o las cosas seguirán su rumbo propio. No se habrá perdido nada entonces. Al final, eso es todo.

Bibliografía:

- "Viaje a la América Meridional".- Por Alcide D'Orbigny
- "Meditaciones Sudamericanas.- Por el Conde de Keyserling.
- "Prosas Políticas".- Por Rubén Darío.
- "Las Grandes Cacerías Sudamericanas".- Por Ciro Bayo.
- "América Hispánica".- Por Waldo Frank.
- "La Ciudad Única".- Por Jaime Molins.
- "El Macizo Boliviano".- Por Jaime Mendoza.
- "Itinerario Espiritual de Bolivia".- Por José Edo. Guerra.
- "La Cultura Colonial Española en el Alto-Perú" .- Por Enrique Finot.
- "El Arte en la Altiplanicie".- Por Rigoberto Paredes.
- "El Velero Matinal".- Por Fernando Diez de Medina.
- "El Hombre como Método".- Por Humberto Palza S.